

Cuentos para



niños

VÍCTOR MENGUAL

@bordelicado

Lectulandia

*Dedicado a mi hermana, y sobre todo a mi madre.
Porque hay amores que son luchas que nunca terminan.*

Agradecimientos

A mi madre y mi hermana lógicamente, por estar ahí en los momentos menos buenos.

A casi 40.000 personitas que estaban pidiendo que lo publicara en Redes Sociales.

A Èlia por aparecer de la nada con la portada ideal.

A César por abrirme los ojos y por el prólogo. Un orgullo que curva sonrisas.

A Luis Ramiro y a Defreds, sencillamente por existir y enseñar el camino.

A Marwan, por sus palabras durante Sant Jordi. No era consciente de lo que se venía.

A las cuatro mujeres que me han soportado y me han convertido en lo que soy.

A mi espada. Tranquilos. Una vez leído, entenderéis.

A Sheila y Arnau, por darle equilibrio a todo. Que no os falte jamás.

A ella, por ser capaz de inspirar tantas páginas y mostrarme mi camino.

Y, finalmente, a Alba. Hoy, mi amiga. Y la que empezó a picarme para que, literariamente hablando, hoy sea lo que sea. Gracias de todo corazón.

Prólogo

Todos los cuentos tienen un principio, un desenlace y un final. Pero con Víctor, todo esto es diferente. Al leer este libro que hoy tienes entre las manos, estoy seguro de que querrás vivir en su desenlace para siempre.

Perderte entre las líneas de estas páginas es encontrarle un poco más de sentido al mundo, a los sueños y la moraleja de la vida.

Es un viaje por los sentimientos del vértigo, del amor y del desamor de una manera única que hace este libro más especial todavía.

En él podemos ver cómo habla de un amor fugaz, y cómo este puede ser más fuerte que cualquier otra relación duradera. Nos perderemos entre los recuerdos de parejas pasadas y nos sentiremos más identificados que nunca.

Conocí a Víctor en Barcelona, era un chico tímido que fue a verme recitar a un bonito bar de esta gran ciudad. Aquel día me dijo que yo era uno de sus ejemplos a seguir. A día de hoy, tengo claro que esa balanza se ha equilibrado por completo. Es imposible no sentirse grande con una de sus frases escritas en la piel de personas, o con cada una de las palabras que salen de sus manos.

En definitiva, creo que los cuentos están hechos para que la vida sea más enorme. Y, está claro, Víctor lo consigue.

Sin duda estos Cuentos para (no tan) niños, tienen una moraleja que yo saqué la primera vez que los leí: Y es que los cuentos siempre superan la realidad, no porque nos hagan ver que los monstruos existen, sino porque nos demuestran que pueden ser vencidos.

Adelante, te invito a leer tu historia.

César Poetry.

Cuentos para (no tan) niños – 0

Esta noche quiero hacer algo distinto. No quiero escribirte, quiero escribir en ti.

Vamos a probar cosas nuevas, y las vamos a probar todas. Vamos a probar cosas que no existen, y haremos cosas que no se podrán volver a hacer. Tu cuerpo y el mío. Tú y yo. Dejarnos llevar y acercarnos a todas aquellas locuras que de pequeños nuestros padres, los profesores, la televisión y el mundo entero nos negaron. Todo aquello que nos dijeron que no se podía, lo haremos posible. En ti o sobre ti, por mi o conmigo. Sumándonos o partiéndonos, inventando nuevas formas verbales sin tiempos.

Pienso pintarte el pelo sin lápiz ni bolígrafo. Sin pluma, sin trampa ni cartón. Sin nada más allá que mis dedos. Voy a marcarte al carbón la raíz de tu melena y voy a pintarle sombras de querer. Voy a darle a mis ideas la forma de ese moño que me vuelve loco. No hay ni cuerpo ni color que valga. Cuando nos sentamos a cenar, se pierde toda norma en el punto en que esa enredadera morena deja al descubierto tu espalda. Libre para ser vista, disparada en prosa o a besos.

Voy a atreverme a escribirte el corazón. Los capítulos más dramáticos de tu vida. Me voy a sacar de la manga una gramática que sólo entiende de tus latidos y los míos. Y el soniquete que recuerdo de cuando te echabas a dormir sobre mi pecho, las noches que llovía en abril. Sin necesidad de mayúsculas o interlineado, y siempre en tinta roja. No quiero que nadie lea las marcas que dejo, pero quiero que tú la sientas. Que puedas pasar los dedos por encima y para siempre jamás recuerdes que yo estuve ahí, en forma de cicatriz de ocho letras.

Y no me corto a la hora de marcarte el alma. Ese animal libre que no quieres someter, para dar saltos o agitar tu cuerpo y los que vengan sin dar explicaciones, sin poner motivos al porqué pasó o porqué no, porqué se repitió, o porqué nunca más. Tu alma no es como la de las demás. El diablo siempre anduvo tras ella y no tenía suficiente que ofrecer para comprarla. Probablemente existan poesías y dramas que hablen de ella. Pero yo la voy a marcar también, y no pienso preguntarte. Ni pedirte permiso, ni mucho menos perdón. Voy a probar algo nuevo con ella que no se ha hecho.

Definitivamente te quiero aquí delante mío. Que nos desnudemos, que nos miremos a los ojos, y tocarnos hasta sentir y sentirnos. Y una vez aquí voy a hacerte algo que nadie soñó con hacerte y que nadie jamás podrá intentar. Algo por encima de la historia de la humanidad, o las historietas que nos contó Shakespeare.

Voy a hacer té.

Y luego voy a hacerte algo nuevo.

Voy a hacer algo contigo y conmigo.

Voy a hacerte.

Voy a hacernos.
Y después quizá,
sólo quizá,
podamos hacer las cosas que ya no sé escribir.

Cuentos para (no tan) niños – I

Se trataba de encontrar palabras que te convencieran de lo que nadie había podido desde la última vez en que usaron tu corazón para dar de comer a los gatos. De buscar alguna estrofa. De besos alejandrinos que al final no rimaran más que con el temblor de tus ojos cada vez que me miras. Te hablo de lo que es el amor. De querer, de quererse uno para querer al otro, y de querer querer, o no.

Reconozco que hay barrios en la ciudad que son más calurosos que otros, y que lo que en invierno es cobijarse al abrigo de una mirada, en verano puede sofocar con el cambio de las temperaturas cuando se ponen traviesas. Probablemente estamparnos contra cada fachada a besarnos de imprevisto cada cinco metros a plena luz del sol no ayude. Menos aún cuando tenemos dos sartenes por manos y todos los pájaros del mundo en la cabeza, volando en círculos a punto de caer desplomados. Pero obviando los poco románticos desacuerdos entre tu cabeza y mi corazón, coincidimos en que no ya no crees en el amor.

Así que te conté mi verdad. «No creas en el amor, créalo». Se te marcaba sin darme cuenta en el corazón a fuego y brasas, y aunque a saber si para ti sería más que un eslogan, te gustó. Y lo pienso tan sinceramente como te pienso a ti. No tiene sentido que creamos en cuentos que nos contaron nuestros abuelos de primeros novios que se quieren toda la vida, de amores eternos y barras de bar que sólo se llenan de solteras y divorciados en las películas del sábado por la tele a media tarde para dormir la siesta. Entre pasteles de zanahoria la vida es muchísimo más dulce, pero a veces necesitamos un café que nos despierte más por el amargo que por la cafeína. Ya tendremos tiempo a echarle azúcar a la vida, o sacarina si te pones quisquillosa con esos kilos de más que inventas tener en algún lugar desconocido de tu cuerpo. Probablemente escondidos entre los huesos de tu ego. Tendremos tiempo de endulzar momentos y lugares, desde los picos de tus pezones hasta las profundidades más bonitas que jamás descubrió el hombre.

Y aunque no nos haga falta, nos sobra con media excusa para encerrarnos, o no. Y hacer el amor como lo hacen los animales. Sin pretextos y en contextos sin sábanas, sin ropa, sin palabras, sin protección, y sin pensar. Dibujar con la estela de nuestras siluetas un arco iris de sudores poco fríos y rezar con muy poco ritmo jadeos que suenan a todo menos a misa de domingo. Pecar entre Padrenuestros, salivar entre calores, y enviar todos nuestros prejuicios al matadero. Fundirnos entre cuerpos de gelatina, besarnos y mirarnos a los ojos como si fuera la última vez que nos fuéramos a ver. ¿Porque quién sabe...?

Dejé de creer en el amor,

pero lo creé

e incluso se lo hice.

Y se lo hice saber.

Sólo nos quedó saber si lo entendió,
porque por desgracia los cuentos no siempre tienen final feliz,
y ni tan siquiera sé si lo quería.

Cuentos para (no tan) niños – II

Se acuesta el sol. Yo salgo de la cama. Hace tan sólo un rato estábamos aquí, los dos alimentándonos del mismo aire y sufragando sueños a base de miradas. Un montón de prendas de ropa desperdigadas por el suelo sin orden ni voluntad entre las que ya no están las tuyas. Algunos vidrios casi empañados a pesar de estar en verano y un silencio roto son los habitantes que se pasean por el salón mientras me intento poner de pie. Y, joder, si cuesta.

La tarde pintaba tranquila. Covers de Passenger de fondo, besos sobre tu tripa, y mucho calor. Como te prometí, aunque mentí en mi parte, dormimos. Las puertas entreabiertas para que entrara aire, y el temor de que la menor brisa rompiera un silencio casi administrativo, tirara alguna de mis mil notas sobre el escritorio al suelo y te despertara. Un cara o cruz meridiano entre cerrar y morir, o seguir jugando a mirar el precipicio de la sonrisa que asoma sobre mi almohada, medio girada, bajo el riesgo de interrumpir tu sueño.

Mi mayor tentación, un pecado vestido de blanco, con la piel tostada como el café, y una expresión de, aún durmiendo, tener un control absoluto de la situación.

Siempre me llevaste de copiloto, y a tu ritmo me dabas calma y éxtasis. Del mismo modo que me hacías contemplarte caía dormido. Del mismo modo que caía ante ti, entraba en alerta antes que abrieras los ojos. Para mirarnos como se mira el arte, para patinar con mis dedos sobre tu piel, para escribir sobre tu cuello sonetos de compromiso que riman con tus gemidos. Para recordar esa diferencia tan estúpida como infinita que es comparar el verbo tocar, con tocarte.

Al final, sin entender muy bien cómo, acabamos cantando a dúo esa canción que hace que los jilgueros se asomen al patio a ver qué cocinamos. Repicamos las campanas del cabezal de la cama y enfrascamos el calor en charcos sobre el colchón que huelen a lo que siempre tuviste miedo a ser conmigo. Regusto a mojito y gintonic que acabamos expulsando por los poros de nuestra piel casi con miedo a perder su efecto y nuestra locura. Sentimos lo que vemos y vemos lo que sentimos.

Y aquí me tienes, saliendo ya de noche de la cama, abatido de tal paliza que probablemente sólo tuvo lugar en mi mente. Agujetas en el corazón y una mordaza en el alma que no me deja sentir, de nuevo, si no es soñándote.

Para que suenen acordeones, trompetas y violines,
en mi interior cuando te estás poniendo la ropa.

La filarmónica de Viena se pone de acuerdo,
en mi cabeza,

y toca algo casi tan lindo,

como lo que yo toqué,
cuando te toqué.

Cuentos para (no tan) niños – III

Ojalá regresar a donde las hojas no caen nunca. A ese fin de semana que nunca termina. A esa piscina en la que al salir nunca sentiste frío, o al lugar en el que siempre te aguarda un abrazo.

Quizá ya lo sabes, pero te echo de menos de niña. De insolente pero inocente, irreverente pero sincera. Te echo de menos los besos de buenas noches y tus mejores días, que empezaban uno tras otro en ti y parecían ir a terminar en nunca jamás. Echo de menos las miradas que saltan de ojo a ojo, los besos en la nariz, y rozar tu mejilla con la mía cuando hace frío. La dichosa manta y las palomitas una tarde de domingo contigo. O chucherías, o chocolate. Qué importa si nos comemos la misma mierda. Echo de menos que me eches de más cuando te agobio o hacer lo propio cuando te vuelves una estúpida. Cada día. Y echo de menos que estés aquí, ahora, para decírtelo.

Echar de menos es síntoma inequívoco de ciclos que terminan. Recuerdos que se quedan en recuerdos y sentimos que debieron continuar en el presente. En la cabeza. En el corazón. Pero por ti, por mi, por otro, quién sabe... Lo único seguro es que no queda un nosotros, como mucho una sombra, un pececillo que coletea fuera del agua. Que teme por su vida y que no puede más. Somos ese perro encerrado en el coche en verano a 40 grados a la sombra, asándose en visos de morir. La carta que nunca llegará porque nunca funcionó tu timbre y nadie abrió, porque el cartero no llamó dos veces.

Ver tu sonrisa temblorosa y dubitativa, vibrando a punto de entrar en taquicardia por ese miedo a ser feliz. Ese extraño gesto que te hacen los ojos a punto de salir corriendo cuando ves que te adentras en ese callejón sin salida llamado felicidad. Dar con los focos en el final de la calle y ver que termina en algo que no conoces da miedo cuando vas por la vida sin frenos. Pisar fondo y estamparte hacia una nueva vida o saltar del coche en marcha para volverte atrás y seguir con lo que venías haciendo. Todo tan real y tan de los dos...

Y yo en el asiento de copiloto, con el cinturón puesto y tu saltas... saltas en marcha y sin mirar cómo me voy, Probablemente porque aunque me estampe, la que se va eres tu, no yo.

Así que cómo no voy a echar de menos mirarte a los ojos
con nuestras canciones de fondo y el brazo fuera del coche.

En plena Diagonal o camino a la Costa Brava
surcando mis mares o en tus montañas,
cambiar de marcha con una mano sobre la otra

y creerme de verdad, que este viaje no iba a acabar nunca... hasta que acabó.

Cómo no echarlo de menos.

Cuentos para (no tan) niños – IV

Acabo de salir de la ducha. Fresca e ideal para el verano, relajante y, no sé bien porqué, todavía con cierto sabor a sal en la boca cuando me relamo los labios. Probablemente de los quince minutos que he pasado cerca de la playa. Vengo de salir a correr como hago últimamente para relajarme, y me he dado cuenta de que también me sirve como inspiración. He salido de casa sin tener muy claro dónde acabaría (igual que el día en que mi santa madre me trajo al mundo) y estoy agotado.

Hoy me ha dado por recordar la primera vez. La que nos vimos finalmente, sin prisas para nuestro primer uno contra uno. Aquella en que sin pretenderlo (o quizá sí), me ahogaste a miradas y me dejaste en tierra de ti, con los pies enterrados en tu arena y sin entender muy bien si era mejor sacarlos o quedarme a tostarme a tu sol. Tu en tu rol de periodista y yo en mi rol del chico nuevo, con todo un mundo que descubrirte y una fantasía para invadir.

Es maravilloso recordar como pasamos esas horas de esa noche y las siguientes. Tumbados y sin compromiso, hablando de todo y nunca de nada poco interesante. Nunca ha habido espacio para las minucias en mi lengua y tus oídos siempre me han parecido de un paladar gourmet. Jugando a detectives con más lupa que tu boca, y sin saber quién de los dos iba a matar a quién. Descorchando botellas de algún vino que prácticamente coincidía con tu propia añada y cuyo sabor a día de hoy sigo asociando con toda seguridad al de tus labios cuando ya no los confundo con tu carmín. Saltando nuestras miradas de la copa a tus ojos, los míos, y viceversa, y disfrutando del aroma de las primeras veces.

Me preguntabas por mí, por todas nuestras cosas. Era nuestro acuerdo. Preguntarías para que yo respondiera, hasta saber todo cuanto necesitabas de mí. Y yo no me reservé. Qué hacía con mi vida, qué había hecho y qué quería hacer. Mis gustos, mis intrigas, mis miedos. Incluso nos atrevimos a mencionar a la última persona que había roto lo que me quedaba de corazón, a lo que me quitaba el sueño, a lo que me daba la vida. Nos portamos bien.

No me reservé, y nos portamos bien, sí. Hasta que hiciste el amago de marcharte como la última ola cuando baja la marea, y justo a mí me vino a placer navegar un poco sobre tus labios. Es maravilloso, jodidamente increíble, recordar cómo te ibas casco en mano y al silbato del «eh, ven aquí» te acercaras para que te besara a traición como si no hubiera ayer. Ese dichoso ayer que probablemente nos hipotecaba sin yo saberlo para el resto de los días que llegarían, e incluso los que no.

Te robé un beso (el primero pero no el último), y repetiríamos. Y de esta forma aprendí a surcar tus olas cuando la mar no estuviera brava, y entendería que por empaparme de ti me era indiferente oler a sal en la oficina.

Acabé izando tu pelo por bandera en tierra firme,

presidiendo mi barco máspreciado,
demostrando que no tenía intención de irme.

Cuentos para (no tan) niños – V

Las dichosas agujas del reloj no dejan de resonar en mi cabeza. No me lo pongo desde que en uno de nuestros vaivenes como locos se rompiera el cierre. Lo abandoné en uno de los estantes del maldito armario con las mismas puertas que mi corazón (ninguna). Ahí juega a cantarme y al eco de los minutos que se arrastran cada sesenta segundos. Tic, tac...

Cuántas veces habremos jugador a triplicar los tacs del corazón por cada tic del segundero? Cuántas veces nos hemos corrido perdiendo el compás de la respiración hasta llegar a la taquicardia y ese sonido ha sido el único que nos ha recordado que el tiempo seguía pasando todo ese tiempo en que éramos sudor y carne? Cuántas veces formamos entre todos una orquesta de viento y percusión con los chirridos de la cama? Con toda probabilidad nunca acertaríamos a la cantidad de veces en que alineamos los astros para salir a volar. Pero no hace falta. Yo siempre me he quejado de ese eco, del sonido, de cómo irrumpe el movimiento de algo tan pequeño en el perfecto silencio sepulcral de una habitación. La que fue un jardín de alaridos y felicidad contenida entre huesos. Pero me dejaba algo.

La agujas marcan el tiempo, pero las del reloj, aunque no cosen ni remiendan, también dejan marcas, surcos, y si te aferras a ellas demasiado, pinchan. Y cuando te pinchas, recuerdas qué pasa, verdad? Sangras, duele... Deja marca. Y no es casualidad, te lo cuento. Cuántas veces te has preocupado por lo rápido que pasa el tiempo cuando estamos juntos? De los días que pasarán hasta volver a vernos? De las horas que quedan hasta acabar tus clases para volver a chocar con mi cuerpo fuerte contra el tuyo? Para que salga de la oficina y te invite a tu zumo favorito mientras nos metemos mano? No sabes bien cuántas veces hemos sido aquel tonto que se quedó mirando el dedo que le señalaba hacia la luna. O el que se quedó sólo con ella marginando a todas las estrellas.

Una estrella, eso eras tu. Una supernova, el nacimiento de una estrella joven que perduraría en el universo por miles, millones de años. Luz propia, brillo y calor entre otro montón de luces en el firmamento... Ese *dichoso montón* al que siempre te hice referencia, del que nunca fuiste una más. Probablemente como a tal fuerza de la naturaleza que eres no te molestaba el tic-tac de un reloj de pulsera en el armario de un bajos en el centro de Gracia. Por eso no te afecta el tiempo. Por eso siempre has sido, y no dejarás de ser genial.

Porque la luz que nos llega de las estrellas tiene miles de años,
y puede ser que se hayan apagado ya
como los últimos días de esas parejas en que se dan la mano,
pero ni brillan como estrellas,

ni suena tic-tac en su reloj,
pendientes de ver cómo el engranaje, los plomos, y su todo
finalmente se apagó.

Cuentos para (no tan) niños – VI

Hoy he girado por fin el colchón.

Pensarán, qué tontería.

Él no opina lo mismo.

Y, sin cinismos,

yo sé que a gritos lo pedía.

Hace más de medio año que vivo aquí,

seis meses en los que he besado.

Descontando los cuerpos a los que no he amado,

no tendría ya sentido dormir aquí sin ti.

La verdad no es gratuita y todo tiene su porqué.

Qué sentido tiene dormir donde hundía

tu cuerpo si ya toda noche es fría,

y al despertar no me sirve ni el café?

Y por no hablar de lo que sudamos,

no salimos de la cama ni para vivir.

Aunque fue algo que no pudimos descubrir

hasta la primera mañana en que nos añoramos.

Hoy el pobre colchón se queda boca abajo,

gritándome a pleno pulmón todas las noches,

pidiendo el cuello de la que hasta aquí lo trajo.

La misma culpable de todos mis derroches,

que dormía cantando como un *sinsajo*,

quemando uno a uno todos mis coches,

con los que soñé escapar a todo gas,

en el mundo que nosotros construimos,
sin importarme que fuera por detrás,
y todo siempre sin herirnos,
aunque nunca estuvo recordar de más,
que de la misma forma nunca nos quisimos.
Así que hoy he girado el colchón. Y mi vida.

Cuentos para (no tan) niños – VII

Río.

Porque he ganado un diploma. He podido correr la carrera de tu vida, sin saber que era una prueba, sin saber que yo era un atleta, sin saber que habían otros... y sin saber que iba a terminarla. Aunque lo decidieras tú. Tengo ampollas en los pies que son de broma comparadas con las del corazón, la cabeza me da tumbos y lo que he corrido detrás de ti es una gymkhana de niños de colegio comparada con lo que me has hecho mover. Y aún así no me queda otra que levantar la bandera de mi orgullo y amor propio y aplaudir al público que ha estado ahí diciéndome que no empezara esa dichosa carrera... y que sigue ahí con ese maldito «te lo decía» entre los dientes.

Río.

Porque me he llevado el bronce de tu vida. Porque de lo que hubo entre los dos sólo tú podías quedar ganadora, pero es que tu dichoso ego se ha quedado con la plata, y todavía tienes tiempo para dejarme dar las gracias a un rincón del podio, mientras veía que te bastaba contigo misma para un éxito que no tiene fecha para terminar. Con el mismo poco lugar que me dejabas para felicitarte, y con el poco aliento que me queda para levantar la cabeza y admirar, desde un cajón cada vez más bajo, que el éxito se me escapó.

Río.

Y sigo riendo porque lo único que me quedaba era perderme a mí mismo entre tanto jadear por esas dichas migas de amor que ni siquiera eran para mí. Y qué te voy pedir a tí, plusmarquista mundial de la independencia, si desde el primer día me dijiste que lo que más amabas era corretear libre, sin siquiera sentir las ataduras de tu calzado, sin siquiera una pista que delimitara tu camino, sin necesidad de liebre, y sin importarte quién estuviera detrás. Así que, aunque hubiera competido contra mí mismo, sólo podía haber quedado segundo. El primero de los perdedores..

Y aún así, río.

Porque si leo todas estas líneas, me puedo sentir campeón y oro olímpico, rompiendo pronósticos y marcas de los mejores que hayan visto tus ojos, en hacerte sentir bien. Viva, mujer, persona, amiga, pareja, amante. Pero es que he corrido esta carrera entera, lesionado por el poco descanso que le he dado a mi cuerpo de las anteriores, sin respiro ni descanso, he cruzado la muy puta línea de meta para darme cuenta de que me quedaba solo, corrí solo, ni estuviste, ni ibas a estar.

Y no sé si estos van a ser mis últimos Juegos Olímpicos,

ni sé si voy a seguir compitiendo.

Pero si aparecen otros nuevos en el horizonte, ahí estaré, quizá.

Entrenaré para competirte.

Competiré para ganarte.
Otra vez, a ese dichoso juego,
al que si gano, no jugamos más.
Y si pierdo...
volveré a empezar.

Cuentos para (no tan) niños – VIII

Nos hundimos. Por separado, a distancia, a kilómetros el uno del otro mientras nos tenemos al lado. Sentados en el imaginario balancín del patio de mi casa, mirándonos a los ojos y llorándonos por dentro, interpretando una divina comedia donde todo está bien. Si alguna vez lo estuvo, no fue ésta. Hoy no.

Nos estábamos hundiendo. Me confesabas que estabas segura de mí, sí, pero que no lo estabas de ti. Que no te sentías con confianza y que no encontrabas quitamiedos en tu carretera. Que se te habían fundido los faros y que, a oscuras, no ibas a conducir un solo metro más en tu vida conmigo. Que no.

Muy sinceramente, no me importaría que nos hundiéramos si fuera en mi cama, mientras me montas y sufro por el somier y los vecinos. Como todas esas veces que me he agarrado a tu cintura como si fuera un bendito salvavidas. Mientras te miraba a los ojos y rezaba a todos los dioses que conozco para no resbalar. Perdernos, ojalá, por unos segundos. No me importaría hundirme si fuera en ti, y sé que no te importaría si me hundiera en ti, contigo, de la forma que sea. En tu cuerpo.

Y nos hundiremos en el futuro, con toda probabilidad, cuando nos crucemos por la calle, sonriamos y hagamos ver que todo está bien. Cuando veas una foto mía en Instagram con otra persona. O una frase en la que reconozcas esa felicidad que un día fue tan tuya como tus hoyuelos. O cuando me cuenten que estás conociendo a alguien a quien le has dado las opciones que siempre me acabaste negando. Cómo no nos vamos a hundir si nos hemos quitado el suelo sobre el que caminamos el breve pero dulce tiempo en que fuimos felices?

En esas estamos. En arenas movedizas, caminando sobre el alambre. Saltando en caída libre a kilómetros sobre tierra, o en medio de la nada. Saltando de un hilo en tensión sin tener ni la más remota idea de qué sucederá después, más allá de que no estaremos, tú para mí, o yo para ti.

Son las nueve de la noche, de nuestra última tarde de verano,

el sol se acaba de esconder,

tu corazón también.

Y para latir a oscuras,

y sin convicción,

me dices que prefieres latir sola.

Y nos hundimos.

Cuentos para (no tan) niños – IX

Tienes miedo. Por ejemplo, de que te puedo hacer sentir el cielo sin quitarte la ropa, sin tocarte con los dedos. A que cuando me mires se encuentren tus ojos con los míos y no sepan cuanto tiempo llevan ahí, por entornar, sabedores de lo que está por llegar. Tienes miedo a hacerme daño, como si me hiciera algún bien tenerte en la distancia. Tienes miedo a acabar mal una historia que no ha comenzado, pero el peor paso es el que das al no empezar, inocente, inocente.

Me agarro a una sonrisa como motor. No necesito (aunque la use), la lírica ni la poesía como gasolina para hacer kilómetros. Me agarro a lo que sé que soy y a lo que doy, y no necesito más. Me agarro a dos cartas en mi mano y no voy con un farol, porque sé que al final voy a tener suerte y voy con todo. Y todo no es dinero, así que si ves mi reloj sobre tu mesa no me estaré apostando algo de menos valor del que tiene mi tiempo y mi vida. No vas a ganar si no vas también con todo, y eso es, en la medida que creas conveniente, con la tuya, inocente, inocente.

Porque esto no tiene porqué tener buena pinta, esto es arte. Y el arte no tiene que tener especialmente buen aspecto; al arte te tiene que hacer sentir algo. Este cuadro me hace sentir mucho, y bien. Es el cuadro que quiero tener en el cuarto cada mañana al despertar perezoso y contemplar con orgullo. Es el cuadro que quiero presidiendo el salón de casa cuando vengan visitas, y es el cuadro que quiero en mi oficina junto a la pantalla del ordenador. Que me recuerde de dónde venimos en momentos de estrés. El arte al más alto nivel es sólo apto para los más ricos, y sólo lo son aquellos que han tenido menos miedo a perder, inocente, inocente.

Y coge tu inocente camino, tu nombre y tus cosas, saca una foto, y quédate en casa. Cierra con llave, tírala por la ventana, siéntate en un rincón, en una esquina, apaga la luz y deja que pasen los días. Deja que el mundo, inocente, siga funcionando, que el planeta de vueltas y el sol y la luna se alteren. Sigue en tu inocente esquina y deja que todo siga corriendo, pero sin moverte de tu inocente rincón para no participar.

Porque por inocentes que sean tus intenciones, soy culpable si no te digo que cada día me muero un poco más si no estás aquí.

Con mis cartas boca arriba. Inocente, inocente.

Cuentos para (no tan) niños – X

Me perdono. Ya está, decidido. Si no te quieres a ti mismo, pobre desgraciado, ¿quién te va a querer? Del mismo modo, si no te permites un respiro, si no te consientes ese error, si no tomas conciencia de lo que no hiciste bien y de lo que hiciste peor que mal... Nadie lo hará en tu lugar.

Me perdono. Porque hay trenes que sólo pasan una vez, es verdad, pero pasan más trenes, que hacen más o menos paradas, y con un destino igual de incierto. Y me perdono no por bajarme de tu tren, sino por viajar con un billete que no era válido más que para un par de estaciones. Por querer más de lo que se podía, por no entender. Pero sobre todas las cosas, por haber intentado retrasar tu viaje, por no entender que tienes horarios que cumplir y lugares que visitar, experiencias que vivir, y que en la silla de tu vagón no hay lugar ya para alguien como yo.

Me perdono. Y lo hago desde ayer, al entender que para mí también ha llegado el momento de hacer transbordo. Porque en este intercambiador que es la vida, esta estación no cierra, no da vacaciones, y no deja de tener actividad, pasajeros, y trenes. Así que me perdono, y me perdono porque ahora entiendo. Y entender es lo que me convierte en otra persona. Tras la misma cara y los mismos gestos, ahora hay otro individuo mejor, más maduro y adulto, que se ha forjado gracias a viajar, porque son sin duda estos viajes los que te aportan la experiencia vital para crecer, y no morir cada día que pasa.

Me perdono. Y ahora, (si me dieras la oportunidad en lugar de la cobardía), te miraría a los ojos y te diría que te perdono. Por tirarme del tren en marcha antes de permitirme una explicación, o incluso de pagar un billete nuevo. Te perdono porque lo veía venir y te perdono porque al fin y al cabo, el que me ayudó a echar a andar por las vías, fui yo mismo, consciente siempre de que algún día no necesitarías mi ayuda para conducir en soledad. Te perdono, porque el que se equivocaba era yo, y te perdono porque yo puse los raíles para que te fueras. Te perdono sin nada que reprochar, mucho que agradecer, y un montón de recuerdos en la mochila tras dos años y medio de viaje.

Me perdono, y dicho esto, se acabó. He evolucionado, crecido, cambiado. Dejo el bando de los pasajeros para convertirme en un tren. Voy a arrancar después de meses parado, porque ya me he perdonado y todo vuelve a empezar. Inicio un camino en el que espero que no suban muchos pasajeros, y que si se suben, se queden hasta el final. Que las vías sean las que digan «basta», que los paisajes nos lleven a sacar fotos continuamente, que los baches de ese camino nos hagan sentirlo más divertido. Que las noches en marcha, y de marcha, sean más anécdotas que coleccionar.

Me quiero, sí, y por eso me perdono.

Cuentos para (no tan) niños – XI

La emborrachó de palabras.

La desnudó de sus miedos.

Y, justo antes de hacerle el amor con la mirada,

cerró los ojos

y se marchó.

Cuentos para (no tan) niños – XII

Se acabó.

Hace semanas que lo dejamos. Que me dejaste, de hecho. Algo tan verídico como que dos y dos son cuatro o que después del lunes va el martes. O como que te hubiera bajado la luna en un periquete con que sólo chasquearas los dedos. Y como toda dictadura, la de tus deseos fue déspota y autoritaria. Nos llevaste a un genocidio de sentimientos que no tuvo ningún sentido. Dolor por dolor, dolor al cuadrado.

Pero se acabó. Ya no vuelves más a picar a mis puertas, a exigir entrar en mi vida. Que es muy bonito de que vuelva sin ser llamado el que se fue sin que le echaran, pero ya no. Se acabó creer en tus ojos, en tomar los milagros que escribes como versículos del antiguo testamento y que me expliques que puedes convertir el agua en vino. Se acabó el vino. Se acabó.

Y no es un ejercicio de autoconvicción. Es un portazo con mucho ruido, cerrado con llave y dos candados para que no abras más una puerta por la que sólo eres capaz de hacer entrar dolor. Es decirle que no al café y al polvo de la reconciliación, a no comprar más tus gemidos si no van acompañados de verdad, es rechazo a que me mires con gafas de sol por miedo a que le eche un poco de luz a tu vida. Echar sal a la herida. Acabar con el jodido dolor.

En definitiva, si alguna vez aquel dichoso hilo rojo nos unió, lo corto. Hay quien debe dejar de fumar. Existen los adictos al juego, los enfermos dementes. Luego está lo nuestro. Y después... después ya no hay nada. Una melodía triste de piano y una voz en latín, o quizá alemán, de mujer mayor, que parece enérgica y enfadada con la vida, o con la vida de alguien, aunque no soy capaz de entenderla por esfuerzos que haga. Y esa señora soy, probablemente, yo. Y sí, estoy escuchando «Die Zauberflöte».

Y probablemente prefiero escuchar el silencio donde antes habitaban tus palabras,
ver el otro lado de la cama sin ti al despertar,
hacer el desayuno solo para uno,
que mi piso vuelva a oler a cualquier cosa que no sea tu perfume.

Que mi abuela me pregunte por chicas, y que tu foto no esté en mi cartera.

Que si me preguntan a quién llamar en caso de accidente no dé tu teléfono.

Que el accidente fuimos nosotros.

Y que yo no salí vivo.

Cuentos para (no tan) niños – XIII

Revoloteaban mariposas que llevaban tiempo dormidas, y sentía ilusión. Cada vez que te soltabas o recogías el pelo, te veía más guapa que antes. Brillabas de forma inexplicable con la fuerza de un millón de soles. Así era mi vida contigo. Contemplativa, que no monacal, aguardando a cada gesto que hicieras con tu melena, con tus manos, con tu boca, o sencillamente esperando a que, en mi compañía, se te erizara la piel. Siempre pretendí ser un cambio en tu vida, precisamente ese que te pusiera los pelos de punta. Como el paso del otoño al invierno, como cuando entras al hotel en pleno verano, o como cuando al comenzar la primavera, encuentras quizá por segunda vez en tu vida a tu primer amor.

Y en eso nos han ido los días, las semanas y los meses. En hacernos alucinar con lo que podíamos hacer sentir el uno al otro sin mover los labios, descubrir que podíamos desnudar al otro sin necesidad de ponerle un dedo encima, lamentar que no fuéramos dos personas diferentes, de otra época, de otro lugar, que hubieran tenido otro fin distinto al que nos dieron los pájaros.

Hablo de los pájaros en tu cabeza, de los pajarillos que ya no cantan. De los animales que nos dejamos por el camino como nos dejamos tu y yo. Animales como el perro que se queda aullándole a la luna media noche en la montaña, con las estrellas sintiendo lástima conscientes de que, a quien sea que llame, no volverá. Los grillos que juegan a conciertos sin parejas de enamorados a las que encandilar, o las luciérnagas que no tienen nadie a quien dar luz.

Como siempre hasta que quisiste, cuando quisiste. Como en esas noches tontas en que tu último plato (yo) no te fallaba y salíais a tomar copas, a quemar la ciudad y reiros de los demás, de ti y de mí mientras tomábamos copas del tamaño de un autobús, dulces como las caricias en el pelo que te hacía cuando dormías babeando de placer mi almohada.

Sin reproches. Los libros tienen principio y tienen final. Sus páginas se pasan y aunque tengamos capítulos que nos gusten más o menos, al final, como dicen, todo lo bueno se acaba. Y se acabaron tus besos. Y mi paciencia. Y a día de hoy incluso todo aquello que me recuerda a tí, o a mí contigo. Lo cual no me hace feliz pero me permite volver a ser quien soy.

Probablemente si alguna vez te has sentido así necesites un trago, como un servidor.

Y así, acabar abriendo el minibar,
y beberme todo lo que encuentro,
y tragarme una cerilla encendida
con la que incendiar,

para siempre,
todas aquellas mariposas que no te quisiste llevar contigo.

Cuentos para (no tan) niños – XIV

¿Cómo están tus días, cómo te va la vida? Hace ya mucho que nos conocemos... o quizá no. De hecho puede ser que ni siquiera sepamos de nuestra existencia todavía. Llevo días leyendo artículos en internet acerca de ti y de mí, y de lo que podríamos ser tú y yo probablemente si no fuéramos tú y yo.

¿En qué estás pensando? Llevo dándole vueltas a la historia que estamos escribiendo ya. No sé si me sigues y yo me desentiendo. Tampoco si eres una de esas personas que me despiertan interés y ánimo de conocer un poco más allá, que intuyo que vale la pena... pero me da largas. Al final tienen razón en lo que dicen, y en esa especie de historia de perro del hortelano que es la vida. Una infinita cadena que conforman los que quieren querer, los que no se quieren, y los que no piensan ser queridos por aquellos que lo pretenden.

¿Y qué piensas si acabamos ya con este juego? Cada vez se promueve más la figura de la libertad, de lo bueno que es no depender de nadie para ser feliz. Pero, ¿y cuando en las mañanas nadie te despierta? ¿Y cuando en las noches nadie te espera? Y cuando puedes hacer siempre lo que quieres... ¿Cómo le llamas a eso? ¿Libertad o soledad?

Porque ese abrazo al ver a la persona que quieres, y la descarga de la tensión cuando te pueden las obligaciones, esas llamadas a deshoras sin más motivo que escuchar la melodía de una voz que te amansa, y, porque sé, y eso lo he sabido siempre, que 2 es más que 1, y que el equilibrio con alguien al lado nos hace mejores... Por eso y mucho más sé que aunque disfrutemos, estamos menospreciando nuestro tiempo.

Estés donde estés, no estás conmigo, y desaprovechamos hoy un día más en nuestras vidas. Porque querer no es atar, y nadie debe privarte de tus libertades sino sumarte otras nuevas, y porque tengo mucho que sumarte y tu mucho que ayudarme a crecer. Te invito a que pruebes mi mejor yo y descubras que no te quieres ir. Te invito a demostrarte que estás equivocada, y te invito a todo cuanto te haga sentir bien.

Te invito a jugar los dos a un juego que no es un juego, y ante todo, te invito a ganarme a mí conmigo.

Cuentos para (no tan) niños – XV

La primera vez después de conocerte y que no me enamoré de ti todo fue nuevo. Ese no entender nada, el miedo a cada gesto, no saber si pasos en falso... Sin duda, sentí pavor a primera vista.

Quizá no es buena la tendencia a comparar aquello, lo que dejó de ser entre la que fuiste tú y quien fuí yo. Todas esas noches bailando sin más compás que el que nos marcaban las copas y con la única música de tus caprichos, sabiendo de sobra que la última canción la cantarías yo en un concierto privado solo para ti. Cuando la experiencia es tanta y tan bonita, la sombra (y el silencio) se vuelve alargada y va más allá de lo que controlo yo. O cualquier persona a la que pinchen en la punta del dedo y sangre.

Que ir a la noria de un parque de atracciones vuelva a ser algo romántico novedoso y sin repetir. O descubrir el cóctel favorito de la otra persona jugando a probar la carta entera de un local bonito como la más feliz de nuestras noches. Redescubrir el outfit que mejor piensa otra persona que te quedará bien mientras os metéis mano como adolescentes en plena primavera. O el miedo al primer «puedes quedarte a dormir en casa si quieres», con su respectivo y bendito miedo al primer sí.

Porque siempre hay una segunda vez para un primer amor si es bueno, o una primera vez para enamorarte de nuevo, y encontrar otra persona en el mundo que te de la sensación de dominar la humanidad y los elementos con una vieja camiseta tuya para dormir, y un moño mal hecho que siempre marcará la dirección por la que sale y también se pone el Sol.

Y de repente aparece otra persona donde estabas tú. Y tus cosas. Que me puede traer su cepillo de dientes y ropa para los días de imprevisto en mi armario. Alguien a quien dejar libros que leer en el tren o sudaderas para no pasar frío en diciembre. Volver a encontrar al antónimo del miedo, con la forma de la hermana gemela de la felicidad. No te da miedo que lo encuentre?

Qué miedo volver a hacer el amor,
qué miedo volver a invocarte rezando a tus caderas,
qué miedo correrme abrazado a ti...
y qué miedo darme cuenta que ya no eres tu.

Cuentos para (no tan) niños – XVI

Quién fuera labio cuando te lo muerdes,
me hieres igual estando cerca que a lo lejos.

Ya no quiero alcohol sino tus besos.
Tras este trago te juro que no vuelves.
Siempre mucho ruido y pocas nueces,
y me tratas como a otro loco de esos.

Cuando solo quiero darte versos,
que se buscan la cola como peces.
Quién fuera el espejo de tu habitación,
poder decir cómo te veo cada día,
enseñarte siempre tu mejor versión.

Darte voz o si prefieres melodía,
cantarte una nana o una canción,
convertir tus noches en fantasía.

Cuentos para (no tan) niños – XVII

Recuerda que hay trenes que no pasan dos veces.

Que a tus pestaños les sigue una duda en tus ojos, que me parece cruel que me digas adiós por cada vez que me digo «hola».

Esa palabra que tanto odio, la digas o no.

Quejarme contigo de que el coche se ha vuelto un horno, y hacer el tonto con lo que encontramos en el maletero mientras esperamos que se airee.

Encontrarnos una receta por no recordar que sí que había que pagar.

Deambular por el paseo marítimo descartando chiringuitos buscando el que fuera perfecto, cuando el único que me valía era tu mirada. Esa que me daba la vida y me la quitó tan rápido como te marchaste.

Hacer planes a años vista cuando apenas hace un mes que nos estamos besando. Apenas dos besos, pero de esos que duran días.

Que conviertas mis camisetas favoritas en tu pijama, y ahora que hace calor, no encontrarte desnuda a mi lado al despertar sin haberte puesto siquiera una mano encima.

O ponerte las dos, mis brazos, mis piernas y mi cuerpo. o el tuyo sobre el mío, y sudar como si nos fuera la vida en ello. Porque nos iba.

Al final se quedó todo en recuerdos y en morderme el labio disimulando una lágrima que intentaba darse a la fuga.

Yo quería más.

Yo quería mucho más porque mejor no era posible, pero tú... tú no.

Cuentos para (no tan) niños – XVIII

Yo la busco.

Hace tiempo que volví a salir a su encuentro, pero aún así no la he encontrado. Por persistencia sé que no será. Creo que la veo, creo ubicarla, y miro el teléfono, miro la pantalla, y cruzo los dedos porque aparezca. Le cuesta nada sacarme la mejor de mis sonrisas, pero no aparece. De hecho casi nunca está. Me confunde, sin quererlo me confunde. Me hace sentir esas chiribitas, mariposas, cosquillitas en el estómago, y no es consciente de que, a pesar de no haber forzado nada, puede haberme despertado.

Siempre dije que los únicos despertares dulces son los especiales, los que te arrancan de los brazos de un sueño más bonito y te sumergen en algo mejor, mejor que todo. Y así paso los días desde que empecé a buscar, incluso desde que me di cuenta de que el no buscar no lleva a ningún sitio. Igual que no jugar no te hace ganar, y no respirar te mata.

Peor que una mala noche de malos sueños y pesadillas es vivir camino del eterno letargo sin tener quién te espabile. Sin tener quién te dé dos tortas y te diga que es hora de levantarse.

Y por mucho que creas que no, puedes tener las cosas claras de la forma que quieras, que llegará el día en que, desconocida por ti misma, se derrumbe tu mundo ante la duda, y agazapada ante tus rodillas ruegues a Dios que te conteste si el camino abierto ante ti es el que te llevará al mismo destino que llevas semanas, meses, esperando, y para el que no encuentras tren alguno.

Así que por favor... ampárame en tu olvido o víveme.

Cuentos para (no tan) niños – XIX, respuesta a Defreds

Algunas personas no conciben el amor más allá de la relación con un perro, al que ponerle un collar del cual tirar cuando les apetece salir a pasearlo. Como yo, o tú mismo, o muchos otros que hemos ladrado contra esa tortura con la misma energía que la hemos relamido. Y en esa magia de danza antigua nos bailan el agua (o nos la bailaban, con suerte). Probablemente no nos lo hicieron a conciencia, pero hay personas así. Es una suerte de fetichismo emocional que encuentra su clímax en personas como nosotros, capaces de esperar un eclipse interplanetario como señal de un amor. De un cambio, o de unas intenciones que todos menos nosotros mismos sabemos que no llegarán.

Hay personas que nos prometen un amor de novela cuando probablemente sólo quedan cuentos, y encima chinos. Capaces de hacer de cada capítulo un suspense y drama horrible, capaces de cerrarlo en pocas líneas con poesía en forma de nanas que nos duermen, capaces de hacernos querer más. Capaces de hacernos desear otra dosis de esa mierda que nos está matando... Capaces de hacérsela entender como nuestra mierda. Yonkis del amor-ficción, adictos al clímax y las noches en vela.

Esas personas juegan con saberes de «cum-laude» a la cuerda, a un tira y afloja que siempre van a ganarte, siempre. El día que veas que ceden un poco para que sientas que eres partícipe de la relación, en realidad es otra derrota tuya: un giro más al nudo alrededor de lo que queda de tu corazón. Ten cuidado, no lo ahogues. Porque corazón, para tí, no hay otro. Y que no te engañen porque otras personas, para ti, sí que las hay.

Y sí, igual lo que me pasa a mí es que me enamoré de ella...

Hasta el día en que me enamoré de mí.

Y eso me hace libre.

Cuentos para (no tan) niños – XX

Ya pasaron los días de la poesía, ya murieron los besos. Se fueron las ilusiones, ennegrecieron las sonrisas y el respirar palideció hasta la última bocanada.

No te siento entre mis brazos porque no estás Ni sé qué ha sido de ti, pero no volverás. Me pierdo en mares de soledad y el reflejo de las estrellas me recuerda a nuestras fotos, nuestros besos y nuestros abrazos que ya no van a venir. El deseo nace y muere en un mismo punto, y en deseo va a quedarse. Ya nunca jamás volverán se encontrarán mis dedos en la oscuridad con los tuyos, ni se apretará tu pecho contra el mío cuando no quepa más aire entre los dos. Y ahora curiosamente todo es aire, en cualquier momento, en cualquier dirección.

Aprender a vivir sin un quitamiedos es probablemente lo que nos ocupa el mayor tiempo de nuestras vidas. La otra parte de ellas nos la tiramos buscando algo fiable, algo que realmente nos salve de nuestros pánicos y libere del terror. El grito, el que nos demuestra estar vivos, lo damos con el alma, y efectivamente el alma necesita un lugar donde recostarse, o donde saber que se puede dejar caer sin mirar hacia atrás. Sentirnos vivos.

Y las manecillas del reloj que no cuelga de mi pared siguen girando. Las noches se suceden entre ellas y se olvidan de la luz del Sol, y la tinta... La tinta nunca se acaba. cuando se trata de esculpir lo que ya no puede ser, muchos sacamos el poeta que hay dentro nuestro. Cuando se trata de secuestrar un corazón, algunos nos inventamos lo mejor de nosotros.

Cuentos para (no tan) niños – XXI

Algunas noches el cielo está claro.

Estamos lejos de la ciudad.

Hay lluvia de estrellas.

Casualmente me estás cogiendo la mano muy, muy fuerte.

Y allá arriba aparece una estrella fugaz.

Me miras.

Te miro.

Tus ojos de cría me advierten que pida un deseo.

Lo hago.

Entonces me pides que te lo cuente.

«Quiero estar contigo para toda la vida».

Y a mí se me olvida, dichosa manía,

recordar.

Los deseos que pides no se explican,

porque entonces no se cumplen.

Cuentos para (no tan) niños – XXII

Ayer tuve por primera vez desde hace demasiado tiempo una experiencia que me recordó lo que quiero en mi vida, aparte de a ti. Era el cumpleaños de mi primo pequeño, su primer cumpleaños (podría ser su tío, sí). Como me ve muy poquito no suele ser muy comunicativo ni cariñoso conmigo pese a ser puro nervio, pero sin entender muy bien porqué, algo pasó.

Habíamos estado media familia reunida, como cuando las cosas van sin fallo. Se me hacía tarde y con la fiesta finiquitada, decido irme a la vez que mi hermano Pablo. En lo que me despido de todo el mundo y me dirijo para la puerta, la mujer de mi tío, se me acerca con Jorge en brazos intentándolo dormir, y éste, por primera vez y sin explicación alguna, se me echa encima como quien ve la última oportunidad de salvar a la humanidad y salta por ella. Y ahí me quedaba yo, descompuesto y sin voz, con una criatura preciosa en mis brazos por primera vez desde que cogí a Valeria, que ahora debe estar inmensa y preciosa en Lanzarote.

Para hacer un cuadro. De hecho, mi hermana y mi madre me sacaron prácticamente un book. Probando a dormir a una criatura preciosa, enganchada a mí como una lapa y a pesar de tener los ojos abiertos como platos, en un silencio que transmitía calma y amor.

Pasó lo que tenía que pasar. Cuando te acercas a la barrera de los *veintidiez*, has de hacer lectura de tu vida. Qué has hecho, qué estás haciendo, y qué tienes pendiente. Y pese a que tengo un millón de cosas por hacer como Nueva York, correr un maratón o como bien sabes, escribir un libro. Jorge me recordó que con toda seguridad nada me haría más feliz que ser padre. Despertarme mil veces por noche a acallar llantos inexplicables, acunar mil veces más cuando terminan, jugar balbuceando palabras que no existen, y volverme loco con una personita que pese a ser tamaño bolsillo, tendría toda la atención de mi universo.

Y Dios sabe cuánto pagaría por poder jugar al piedra papel tijera quién se levanta cuando le oímos dar guerra a la hora de la siesta. O mientras nos damos un respiro metiéndonos mano ante la tele, o por creer que tengo voz y voto a la hora de decidir cómo le vestiremos, o la carrera y universidad en que queremos que acabe estudiando.

Así que como te digo siempre, nunca he elegido quererte a ti y eso convierte mi amor en algo incondicional y puro por convicción inexplicable, pero tengo muy claro que si algún día nace él (o ella), el mundo se me acabará en alrededor de cincuenta centímetros y tres o cuatro kilos.

Sentiré que haber hecho el amor, por fin, se habrá traducido en vida. Lo más bonito del universo, pura vida.

Cuentos para (no tan) niños – XXIII

«Lo peor después de una ruptura es que no puedes volver a escuchar ESA canción».

Desde enero vivo en el barrio de Gracia, en Barcelona. Aquí todo es muy bohemio, artístico. Todo es bastante inspirador y me atrevo a decir que si hubiera permanecido en Les Corts (gracias, Vanessa) u Horta (gracias, mamá), a día de hoy no estaría preparando cien cuentos para (no tan) niños.

A dos calles bajo mi casa hay una pintada en una puerta. Entiendo que será de los mismos propietarios del edificio que reza esa frase con la que he empezado a escribir. Y tiene más razón que un santo. En nuestro caso podría haber sido «La Flaca» de Jarabe de Palo, pero la que me duele realmente y ya no puedo aguantar es «Let Her Go». Ni la de Passenger ni ninguno de sus covers, que ni son pocos ni feos.

Si te das cuenta por poco tiempo que estés con una persona, a la que vas entendiendo sus cosas, adoptando sus hábitos, asimilando su día a día, todo se queda fuerte en la piel. Cuando algo se agarra con fuerzas, al final lo más normal es que si se va, deje marca. Y parece que has dejado marca hasta incluso con las mismas uñas que te desgarraban la espalda cada vez que jugábamos a nuestro particular «Twister» en el sofá.

También es verdad que hay canciones que parecieron nacidas para no volver a ser escuchadas más. Porque no te das cuenta y describen tu historia antes incluso de vivirla, y eso es un balazo al corazón con la forma de tus caderas. Sin casquillo, aunque con un eco que perdura. Mensajes para el alma.

«Sólo sabes que has estado arriba cuando te sientes *abajo*,

sólo odias la carretera cuando añoras tu hogar,

sólo sabes que le amas cuando le dejas ir.

Y (me) dejar ir».*

* versos del estribillo de *Let Her Go*, de *Passenger*

Cuentos para (no tan) niños – XXIV

Recuerdas la primera vez que probaste el café? Tu cara? Qué sentiste? Amargo y difícilmente perecedero. No vale el azúcar ni edulcorante alguno, el sabor se queda ahí y permanece en tu memoria. Del mismo modo pasa la primera vez, y las siguientes, cuando te rompen el corazón. Pero no me refiero al primer «como amigos», ni al primer rechazo. Me refiero a cuando por primera vez te trituran entero y te echan a los gatos. Te acuerdas?

Recuerdas la primera vez que tocaste fuego? La primera quemadura? Las advertencias de que el calor en su forma más extrema duele, y cómo lo ignoraste? La cicatriz que quedó, lo que tardó en marcharse? Del mismo modo pasa la primera vez, y las siguientes, cuando te rompen el corazón. La temperatura por las nubes, la atracción por algo que sabes que dolerá, y esa tendencia tan infantil a probar. Y pruebas, claro que pruebas, a sabiendas de un incendio que te lo va a cambiar todo. Y te metes entre llamas como madre de dragones, creyendo que saldrás entre aplausos. Y sales hecho cenizas, quemado, distinto. Quemaduras de tercer grado en el alma. Y eso duele.

Recuerdas la primera vez que dormiste solo? Recuerdas el miedo? Seguramente no, es lógico. Yo también. Pero sí recuerdo la primera vez que dormí sin ti después de que decidieras marcharte. Una noche de 168 horas con los plomos de toda la ciudad fundidos mientras caían truenos encima de mi casa.

Un sabor de boca horrible.

Mi cuerpo tenía cicatrices hasta en la almohada.

Y nos quedamos, de charla, el colchón y yo.

Hablamos largo y tendido acerca de ti.

Repetiría mil veces la primera vez que nos conocimos,
pero jamás volvería a pasar por la primera vez que me dejaste.

Cuentos para (no tan) niños – XXV

El otro día pasé junto a una tienda con una piña gigante, donde habían cámaras Polaroid y un montón de ropa chulísima, y sin querer recordé, por instantes, la cantidad de regalos materiales, y no tan materiales, que me quedaron por hacerte.

La verdad es que todos ellos suenan mucho mejor tras un par de gintonics ahora que ya no te tengo en mi vida y me hacen pensar la cara de tonta que pondrías si me presentara yo, o un mensajero cualquiera en la puerta de tu casa con una caja con un lacito, y dentro, una de tantas cosas que me dijiste que te encantaban. Sólo con el hecho de imaginar tu cara ya me vale la pena.

Nunca me importó gastar (no hablo de tiempo, sino de dinero e intenciones) si era por ti. Ni energías, ni oportunidades, ni sacrificios. Estabas por encima del resto de las cosas y eso incluía mis principios. Cualquiera que esté enamorado me entenderá perfectamente, y el que no lo entienda, dejará de leer con toda probabilidad. Sí, amar es poner a la otra persona por encima de todo, incluso por encima de uno mismo. Y no tiene mucho sentido seguir con ninguna historia, novela o relación, si no hay pasión de por medio. Como mínimo, la pasión suficiente para anteponer al otro.

Imaginaba tu cara de felicidad y esos espectaculares hoyuelos que se te forman cuando eres feliz y una sonrisa tan grande que realmente haría falta más cara para que te cupiera. Pese a que precisamente de cara, nunca fuiste falta.

Y con algunos billetes en la cartera y el corazón algo resquebrajado, la verdad es que pasé de largo. Me convencí de que aunque el dinero quizá no valía la felicidad, probablemente todo el tiempo que invertía en ti ya era un regalo que no valorabas. Pasé de largo y dejé la piña, las cámaras, y ya puestos, la ilusión. Volví a casa y me tumbé en el sofá donde solíamos empezar a besarnos antes de hacer el amor.

Y soñé.

O tuve pesadillas.

No aparecías, así que no tengo claro lo que fue.

Cuentos para (no tan) niños – XXVI

Huele a soledad. Dar vueltas y vueltas en la cama es síntoma de desamparo, de inercia, de dar tumbos por la vida, de bajez. Hoy es otro buen día para dar de bruces con la realidad, y sin siquiera quererlo, lo haces otra vez.

El destino, valiente cabrón, te la ha vuelto a jugar. Ha esperado como el mejor de los tiradores a que bajas la guardia, abrieras el candado de tu corazón, y atravesarlo sin piedad con la penúltima de sus balas. No contento con eso, ha bajado hasta tu posición para asegurarse de que balbuceabas tus últimas palabras, patearte la mandíbula, y soltarte un bofetón como lluvia sobre mojado.

No son buenos tiempos para los poetas, ni desde luego, para la poesía. La prosa se instala en los bajos fondos y a los románticos no nos queda más que llorar. En la sombra, desde la ¿ilusión? que yace en el patio, los sauces crecen a nuestros pies. Nos da igual cuánto pase ante nuestros ojos a cambio de un deseo, un destino turbio, un ideal, algo que nos quita el sueño.

Probablemente con los años vamos perdiendo esa ilusión, esperanza o fe, sabedores de que, sin duda la esperanza es la herramienta más peligrosa que puede utilizar un hombre. Puede mantenerle vivo durante todo, todo el tiempo que lo desee. Pero también puede matarlo.

«Never too soon,
Oh reckless abandon,
Like no one's watching you»

Cuentos para (no tan) niños – XXVII

Quizá sentarte durante kilómetros sin más sonido que el motor del coche da tiempo, momentos y silencios de sobra para reflexionar. Olor a campo a ras de asfalto y abrir puntualmente las ventanas con viento a favor a cientos de kilómetros hora para sentir que estás ahí en movimiento, tú y tu poesía. Un destino a horas vista mucho que recorrer aunque no veo el final. Utópicamente contigo me pasa lo mismo.

Probablemente a tu corazón le faltan, como a la carretera, señales. Dónde me llevas? Y por dónde? Ojalá tú aquí conmigo, la música a tope o una conversación estúpida de esas que terminan con mi ceño fruncido mientras me río de ti con cara de emoticono. Pero no eres ni piloto, ni copiloto, no vas sentada atrás (eso nunca fue contigo). Ni siquiera sé si eres destino. Me faltan, ya te lo he dicho, señales.

Así como me dijo mi profesor en la primera clase de la autoescuela, a falta de otra advertencia, sigo recto hasta que no haya alternativa. De hecho cuando empecé mi camino contigo (o era hacía ti?) ya tomé esa determinación. Sin mapa ni gps, a lo loco. Sabedor de que como Colón, sólo tenía claro dónde quería llegar. Y, como Colón, me parece que no sé si es donde acabaré llegando.

Dímelo, me esperas?

Cuentos para (no tan) niños – XXVIII

Los excesos suelen ser malos.

Mirarte demasiado es malo.

Besarte demasiado es malo.

Quererte demasiado es malo.

Y decirte que te quiero, también.

Pero mirarte poco es malo,

besarte poco es malo,

y quererte poco... es peor.

Así que sin más (ni peores) pretextos,

esta noche voy a coger por el mango, la sartén.

Te sigo queriendo.

Cuentos para (no tan) niños – XXIX

La conocí hace poco y sin pretenderlo. Amiga de amigos como casi todas las anteriores, del mismo nombre que mi hermana. Contenía todos los defectos que siempre he invocado. Parecía contener todas las virtudes que siempre me han faltado. Y fuimos hablando poco a poco, más por accidente que por provocación, de las pequeñas cosas que dan sentido a la vida precisamente por no ser pequeñas. Y pasamos los días. Tardé un par de noches (y un par de pasadas a su Instagram también) en darme cuenta de que tenía unas piernas que podían haber sido zancos perfectamente. De esas que ni te podrías acabar, ni lo pretendes. Una cintura de las que sólo dejan entender la verdad y una mirada que servía de atajo al cielo, si acaso hubiera sido un camino más corto.

No lo era. Aunque el cascarón respondía al aspecto de un juguete, se sabía fruta madura. Sin caer del árbol, pero lista para dar el paso. Y lo mejor, era de esas cuatro personas contadas que, aún habiendo sufrido el auge y caída del imperio del amor, seguía ahí, ronroneando a la luna y las estrellas cada santa noche, esperando a que la marea subiera un poquito más para, de un salto, poderle dar un zarpazo al cielo y quedarse un trozo. Habrá quien piense que eso es conformarse, pero cuántas personas conoces que lleven un trozo de cielo en su bolsillo?

Eso gracias a Dios no era lo mejor. Cuántas melenas negras como el carbón han logrado que se te haga de día? Ahí jugaba otra liga. Quizá otra división, sin ascensos ni descensos, para la que sólo ella podía jugar. Probablemente podría tirarme un millón de cafés contando cuantas puntas perfectas tiene sin abrir, pidiendo a voces un premio por bonitas.

El problema (siempre hay alguno) es que parte por parte, su cuerpo merecía mil premios y uno más para ella, porque sí. Yo sólo me tengo a mí mismo para regalar, a precio de saldo... y lo mejor de ella todavía está por conocer.

Y sé bien que si me adentro en su rímel

o juego a los dados con su piel,

tengo todos los números

para volverme loco una vez más.

Cuentos para (no tan) niños – XXX

Yo tan clásico, y tú tan moderna.

Yo tan de querer gritar lo nuestro a los cuatro vientos, y tú de taparnos del mundo entre mantas.

Yo tan cerca en mis *veintidiez*, y tú tan adolescente.

Yo tan de saber lo que quiero, y tú que no puedes decidir ni entre dos platos.

Yo queriendo ser tan tuyo, y tú necesitando no ser tan de nadie.

Yo tan de pensarlo dos veces, y tú tan de no pensarlo ninguna.

Yo tan de «Max», y tú tan de menos.

Yo tan de sábado de peli y palomitas, y tú tan de dejarnos llevar donde la noche quiera.

Yo tan de tocarte, tú tan de dejarte comer.

Yo tan de besarte, tú tan de dejarte morder.

Yo tan de hacerte el amor, tú tan de hacerme follar.

Yo tan de hacerte el desayuno, y tú tan de serlo.

Yo tan de tirarme a la piscina, y tú tan de quitarme el agua.

Yo tan de quererte aquí ahora, y tú tan poco de quererme allí jamás.

Yo tan de cumplir, y tú tan de prometer.

Yo tan con mi fe, y tú con tus palabras.

Yo con mis actos, y tú con tus palabras.

Yo con nuestro presente, y tú... tú, con tus palabras.

Yo, y tú.

Tú, y yo.

Y al final, ni tú, ni yo.

Ni nosotros.

Cuentos para (no tan) niños – XXXI

Cuando la conocí no me fijé en ella. Estatura media, guapa pero tampoco la que destacaba en la discoteca, maquillada no sé, lo normal, y teniendo en cuenta que soy enemigo número uno del maquillaje no era la mejor idea. Así que el día que me dispuse a conocerla un poco más allá le reconocí con firmeza que de primeras me había parecido una más, una chica del montón.

Fue una lástima porque es un tema que he intentado recurrir bastantes veces y cada vez que lo he sacado después de comer, haciendo una copa o en la cama después de hacer el amor ella me acababa torciendo el gesto, ignorándome y cerrándose a mí y al mundo sin atender a razón alguna. La verdad, la que nunca quiso oír es que a mí jamás me gustó lo que iba más allá, sino las personas normales. Más allá de parafrasear a Fito con su «lo que admiro son las flores que crecen en la basura», me he declarado fan número uno de lo cotidiano, de lo sorprendente. De ella.

Así que cuando intento explicarle que era una chica del montón, y que tardé menos de lo que se tarda de pasar en apreciar a amar, no hay forma de que entienda que no es una cualquiera, y que cuando me refiero a mi chica del montón, ella en sí es «un montón», lo ocupa todo y es el único, el mío.

En una galaxia que tardaría millones de vidas (a su lado) en recorrer, ella es el único montón que conozco. El más especial, único. Y no lo entiende. Y en eso quizá se parezca a muchas cuando se enfurruña, pero yo sé que es la mía. Aunque eso tampoco lo entiende, y probablemente no lo entenderá nunca.

Y qué bonita está, incluso enfadada...

Cuentos para (no tan) niños – XXXII

Ponte en situación. Era una tarde de junio, tocando a final de mes. De esas fechas tan geniales, entre otras cosas porque por muy tarde que salgas de trabajar, sigue siendo de día. El caso es que venías de muchos días de conducir dando vueltas por tu ciudad, de lado a lado. Del mar a la montaña, y si te aburrías, incluso a las nubes. Y después, de regreso otra vez. Cada día, cada noche, durmiendo sola o acompañada. Aunque no sé de quién.

Sabes que el tráfico es peligroso, que hay que conducir con consciencia para evitar accidentes. Pero como eres, conduces al límite. Con la música a tope y canciones de cuatro CDs de tu antiguo profesor de autoescuela que estaba (y está) enamorado de ti, llenas de buen rollo y que te llevan a otro lugar, a otro momento. A los tuyos, seguro. Pero ahí estás, pisando fondo probablemente para llegar a destino cuanto antes, muy en tu línea, ignorando que el camino es lo que vale la pena disfrutar en las largas travesías como viene siendo la tuya.

Y ves el chivato del coche que te cuenta que vas bajo mínimos con la gasolina, tú que siempre has sido de andar apurando tanto. Así que durante unos días sigues calles arriba y abajo sin ningún miedo. Es tu forma de vida y no la cambiarás por un motor y cuatro ruedas.

Pero un día se está haciendo tarde y te das cuenta de que o repostas, o te vas a quedar tirada. Y aunque muchas veces te ha pasado y te ha dado igual, hoy es una de esas tardes o noches en que al caer del sol le acompaña una brisa más fría que te empapa el alma, y entonces todo se vuelve *malrollismo* y «peros» al quedarte colgada. Y si ya le tienes pánico a tu propia inseguridad, imagina a lo desconocido.

Así que sí, coges camino para casa, dirección a tu hogar. A un par de cruces buscas el mando del parking y lo preparas, para llegar suspirando y con la mirada a medio romper. Se abre solemne la puerta, enciendes las cortas, rampa abajo cayendo en picado. Hasta encontrar tu lugar. Ahí apagas el motor, cierras la puerta, y con el mando bloqueas las puertas.

Sin girar la mirada, te vas, consciente,
aunque oigas un tímido lloriqueo de fondo.

Olvidándote de que por mucho que me dejara llevar,

y por mucho que me aparques,

a pesar de haber sido tuyo...

yo nunca he sido un coche.

Cuentos para (no tan) niños – XXXIII

Acaba de salir de los autos de choque algo mareado.

Quiere repetir pero hay mucha cola, así que otro día será.

Nos vamos por donde hemos venido, y pide un helado. Le vuelven loco los de chocolate, igual que a ti. Y claro, a 35 grados a la sombra, tengo que sacar la cartera y se lo compro a él, y otro para su madre, y otro para mí.

Al poco de salir de la paradita se le cae al suelo directo, maldita ley de Murphy, no sin antes manchar ese precioso polo blanco de marca que tanto te gusta que exhiba. Otro lamparón imposible de limpiar.

Le doy el mío, aunque no es de chocolate, y casi ni lo he podido probar. Pero con eso está contento.

«Max, has salido a tu madre. Deberías tener más cuidado, que un día perderás la cabeza».

Y así nos hubieran ido los días de feria a ti y a mí, si no fuera por ti. Y porque, efectivamente, un día perdiste la cabeza.

Cuentos para (no tan) niños XXXIV

Enciendo el ordenador. Sigues en mi fondo de pantalla. Me engaño con aquello de que me da demasiado palo cambiarlo, que Windows es muy lento... pero sigues ahí. La calle es un caos de ruido y gente, suenan sonos cubanos. Vengo de ver a las parejas bailar, mirarse a los ojos y sentirse a cada compás de cuatro tiempos, más de 120 pulsaciones por minuto. No sé cuantas canciones, no sé hasta qué hora. Sí sé que no bailaremos pese a que te encantaba que te diera esos meneos, también fuera de la habitación.

Y sigues aquí. En una foto a tamaño tele, luminosa, como si hiciera falta realzar el brillo de tus ojos cuando sacabas una de esas mil fotos de postureo. Cuando estábamos juntos y nunca me etiquetabas por miedo al «qué dirán». Yo tan blanco (y dormido), y tu tan negro. Como queriéndome decir algo importante, a caballo entre uno de los «te quiero» que te conté con los dedos de una mano y un «tenemos que hablar», quizá, cuando despierte.

Supongo que ya me he despertado. Un poco más tarde, un poco más tú y un poco menos yo. Ya siento menos por la vida, que no por ti, ya siento menos en general, en grado. Para que me entiendas, es verano y la vida arde. Pongo la mano en el fuego, y no me quemo. Y si lo hago, no me doy cuenta... por eso, porque no siento.

He partido algún corazón intentando recuperar esa sensacional maravilla que era tenerte siempre la primera en mi whatsapp. Las noches sin dormir pensando en ti, o el resto de noches sin dormir, pero estando contigo. Pero te lo has llevado todo y no has dejado ni los restos.

He intentado querer, sí, aunque no tengo claro si quiero.

Cuentos para (no tan) niños – XXXV

Ignorar a tias 50k followers.

Gastarme el dinero del alquiler del piso en una botella en un privado.

Colgar mi vida de la mano de una chica cuyo nombre tiene reminiscencias griegas,

pese a que podría pasar casi por su padre.

Beber hasta perder el control,

si alguna vez lo tuve.

Pensar y olvidar, por si acaso digo algo cuerdo

y no concuerda con mi presente.

Determinar, sin entenderlo,

que estoy aquí para hacer lo que quiero.

A pesar de no tener ningún sentido.

Ni futuro.

Y contradecirme,

si te hablo de la cara y la cruz,

porque las dos forman parte de tu moneda.

Y no quiero quererte,

pero te quiero.

A tu pesar.

A mi besar.

Por mucho que el mundo me lleve la contraria,

te quiero.

Cuentos para (no tan) niños – XXXVI

Imagínate un mundo donde después del día no llegara la noche. En ese mundo no podrías esconderte y sólo habría luz. Quizá demasiado calor, apenas agua. Poca vegetación, poco oxígeno... sin aire que respirar apenas, sin agua que beber. Sería un drama, no lo niegues. Como si no existiera el amor. Nos moriríamos.

Imagínate un mundo donde las matemáticas no fueran una ciencia exacta, donde dos y dos un día fueran tres, y al día siguiente, cinco, sin sentido ni motivo ni razón. En ese mundo no podrías calcular nada, todo quedaría un poco en el aire, no? Ni estabilidad ni cuentas. Si bien no te gustan mucho los números y siempre fuiste de letras, sería un drama. Como si no existiera el amor. Y a la larga, probablemente, nos moriríamos.

Imagínate ahora un mundo no nos pudiéramos entender verbalmente. Donde más allá de los desastres de Babel y la torre, fuera imposible comunicarse más allá de lo que pueden hacer los perros ladrándose, o cosas tan poco sexys como el ultrasonido de un murciélago. Además de no poder escribir jamás líneas como éstas, en el peor de los casos, si lo hiciera no las entenderías (aunque dudo que las entiendas ahora). Y eso sería lamentable. Como si no existiera el amor. Y sin opción de relacionarnos, al menos como nos conocemos ahora, nos moriríamos.

Imagínate un mundo sin abuelos. Eso sí que sería un horror. La base de nuestra felicidad. No tengo que decirte más, sabes tan bien como yo que eso es... Bueno. Directamente, nos moriríamos.

Imagínate un mundo sin derechos. Un mundo en el cual sólo valiera la ley de la jungla, la del más fuerte. Donde nadie te garantizara que todo va bien, ni a la hora de comer ni a la de dormir. Además de una putada difícil de imaginar, acabaríamos matándonos entre todos, y lógicamente, nos moriríamos.

Y ahora imagínate un mundo en el que las personas se quieren. Se quieren mucho y se quieren bien. Un mundo en el que la gente se tiene cariño, se besa y se abraza. Se da las buenas noches y a veces se queda mirando el teléfono esperando un whatsapp y se quedan dormidas. Es un mundo en el que hay buenos deseos y mejores futuros. Un mundo de construir memorias con personas a las que amas y que se convierten prácticamente en novelas.

Y, para acabar, imagínate que de esas personas tan geniales, la mitad le dijera a la otra mitad que todo eso se acabó. Que ya no hay más, y que la única opción de convivencia es la amistad.

Sería un drama.

Como si no existiera el amor.

Sí, nos moriríamos.

Cuentos para (no tan) niños – XXXVII

Ya llovió demasiado desde los tiempos de la compasión, de la mentira piadosa, del dolor de cabeza para no ir al colegio, del falso estrés para parecer un tipo ocupado, de la comida rápida porque «es que tengo prisa». De hecho ya llovió, nevó, salió el sol, se colgó de lo más alto, se puso dándose relevo con la luna, y bla-bla-blá... ya todo se fue.

En contra de lo que la juventud de hoy en día niega, el trabajo siempre da frutos. El error es pretender saber cuáles antes de tenerlos en nuestras manos, pero siempre se recoge tras antes bien plantar. Cuando salimos a sembrar de corazón, a crear, construir, en definitiva, VIVIR, es cuando damos un paso adelante y dejamos de ser gente para ser personas, no una masa sino pequeñas estrellas que brillan con su propia luz.

La lección de hoy, apreciada personita, es, pues, muy sencilla. Y también breve. El ejercicio que llevará a cabo durante las próximas siete noches (y sus respectivos días) consiste en una serie de ejercicios musculares:

«Una expresión facial formada al flexionar los 17 músculos cerca de los extremos de la boca, pero también alrededor de los ojos. En los humanos, es una expresión común que refleja placer o entretenimiento, pero también puede ser una expresión involuntaria de ansiedad o de muchas otras emociones (ira, ironía, etc.). Varios estudios han demostrado que la sonrisa es una reacción normal a ciertos estímulos y ocurre independientemente de cuál sea la cultura, y tampoco es una reacción que uno aprenda, sino que se nace con ella: los niños que nacen ciegos sonríen desde un principio. En los animales, la exposición de los dientes, que podría parecer una sonrisa, significa casi siempre una amenaza —conocida como gruñido— o una señal de presentación»

SONRÍA, por favor. Sea feliz, juegue, ante todo, juegue, y viva, viva mucho. Tome a un ser cercano y ámelo como si fuera la única persona sobre la tierra, dígame que le quiere, cómale a besos, desate la locura y hágale el amor siempre y cuando no escape a su elección sexual. Délo todo, hasta el final, no contemple otra opción que no sea la de darse en cuerpo y mente, y haga ésta, mi voluntad.

La forma en que evaluaremos sus actividades será sencilla. Si el próximo fin de semana, por algún casual y durante nuestros encuentros, no sonrías, quedará su nota en suspenso. En cualquier otro caso...

Bienvenido al tren del amor.

Cuentos para (no tan) niños – XXXVIII

Un certificado de invalidez emocional. Al final, de algunas relaciones no puedes sacar mucho que una baja que no prescribiría ningún médico por una nueva alergia que has adquirido a querer. Sales de ese cine en que todas las películas son o románticas y de humor y te plantas en la calle, con los ojos medio deslumbrados por la luz. Sin saber muy bien cómo moverte después de días, semanas, meses (con muy mala suerte, años) sentado. El culo duele, pero es síntoma que estás vivo. Un mal mejor.

Alguien me dijo alguna vez (quizá yo mismo) que siempre se puede ir a peor. Me mentí, estoy seguro. Hay veces en que, igual que te enamoras, sientes que pisas suelo. Y yo que siempre he tratado la vida como una piscina, te contaré que no puedes hacer nada mejor que aprovechar para apoyarte y tomar impulso hacia la superficie. Bucea, nada, y una vez allí arriba, vuela. Porque ese día puedes convertirte en algún pajarito que lo ve todo desde las alturas, imperial, sin miedo a nada. Porque ahí está la clave, en no tener miedo a absolutamente nada.

No seguir pasando páginas sino cerrar libros. Y no hay que quemarlos, porque esos libros no arden jamás por grande que sea la llama. Guárdalos en tu mochila, en tu armario, bien al fondo, procura que no molesten. Son parte de tu historia y del peso que llevas no detrás, sino dentro de ti. La cicatriz que nadie ve, la canción que nadie escucha. El recuerdo que siempre vuelve cuando crees haber olvidado, la ducha que jamás os disteis juntos. Son tantas cosas que se quedaron por el camino que tienes que recordar.

Recordar siempre. Lo que no pasó y lo que quisiste que pasara, para que no repita.

Sin rencores.

Sin amores.

Una vez que sabes que alguien nunca quiso estar ahí,
no duele la hora de decirle adiós.

Y qué bien decirte de nuevo a ti mismo

«hola, cuánto tiempo».

Volvemos a encontrarnos.

Volvemos a VIVIR.

Cuentos para (no tan) niños – XXXIX

Cualquier día es bueno para volver a empezar. Un lunes, por ejemplo, es una excusa perfecta para hacer las cosas bien otra vez. Aunque sea con una sonrisa postiza, tan digna como el que se coloca injertos para disimular una calvicie o la que se coloca silicona para sentirse mejor, también, consigo misma. Sin excusas y sin reproches.

A veces tardamos en darnos cuenta de las cosas, pero lo importante es sin duda llegar a las conclusiones por nosotros mismos. Si te vas al campo te dirán que el mejor momento para recoger la fruta es cuando está madura. Contigo pasa lo mismo. Y como todo son ciclos, cuando tienes que empezar uno, es lo que toca: esperar al momento en que tu cuerpo te pida saltar.

Y ahí nos plantamos, después de jugarte un «all in» que estaba cantado que acabaría mal. Y en vez de con corazón, con un hueco que te deja el cuerpo y los sentimientos fríos, helados, a cero grados. Y, detrás, un mundo de fantasía que se desvanece, porque por suerte o por desgracia, la realidad habitualmente acaba superando a la ficción, y alguien dentro tuyo con tu misma voz se encarga de recordarte que has perdido, pero no lo estás.

Con una lección aprendida: empieza de nuevo sin olvidar lo que dejas atrás. Sabiendo lo que llevas en la mochila, sí, pero le das la importancia justa. Consciente de que la estabilidad consiste en no tener la necesidad de preguntarte si te quieren, pero bajo ningún concepto. Poder irte a dormir y soñar con lo que te venga en gana y que cuando despiertes sepas que, de todas las cosas que cuentan realmente, la esa persona sigue ahí, donde la esperas y como la esperas.

Hoy será un buen día probablemente para enamorarte de alguien nuevo, o no, que no le importará ni cuánto tengas ni cuánto tendrás, que no se vaya a ir de ninguna de las maneras y que te perdonará tras cualquier paso en falso sin tener en cuenta lo mal que lo hayas hecho.

Quiérete mucho a partir de hoy,
pero sobre todas las cosas,
quíérete bien.

Cuentos para (no tan) niños – XL

Te equivocaste.

Te equivocaste porque fui, ante ti, sin más.

Te equivocaste por creerte bien cuando me hiciste volar en otra realidad, convertirme en algo etéreo nadando en el inframundo y vagando por los siglos.

Te equivocaste cuando me cogiste la mano prometiendo que no la ibas a soltar en los peores momentos.

Te equivocaste cuando me dijiste que, la primera, sería la última vez que me soltabas. Te equivocaste cuando no creías poder llegar a hacerlo y entonces llegaste hasta el final.

Y sí, te equivocaste por una culpa que llevo por bandera, escrita en la frente y grabada sobre un pecho en el que no volverás a dormir mientras juego con los enredos de tu pelo.

Y te garantizo que te equivocas si piensas
que otras manos te tocarán como las mías,
porque al final,
lo que te ha de hacer dormir
otra vez
con ese gesto de tranquilidad,
son los ojos con que te miraba,
y no quisiste
más.

Cuentos para (no tan) niños – XLI

Te odio.

Y te odio de verdad. Sentiría indiferencia por ti, pero mentiría si no confesara que hay sentimiento, muchísimo sentimiento, hacia ti. En nuestras últimas broncas siempre me decías que me odiabas y mirabas al libro de Luis Ramiro («Te Odio Como Nunca Quise a Nadie»). Y por desgracia me lo llegué a creer durante una buena temporada. Ahora las tornas se han cambiado.

Odio tus mentiras, odio como te desentienes de las cosas. Odio cómo me tomas por tonto y cómo juegas con mis sentimientos, todos y cada uno de ellos, como si fuera un juguete para niños de hasta 12 meses. Odio tu forma de hablar como si las palabras no importaran, y odio que trates como si importaran a las cosas más estúpidas y pasajeras.

Odio que hayas perdido todo tu crédito conmigo y que ya no me pueda creer ni siquiera un «buenos días», o que te has ido a dormir, o que lo hayas hecho sola. Odio que cogieras mi corazón sin preguntar y te lo metieras en la mochila para llevártelo de excursión por el mundo, y dejarme aquí a oscuras con sólo un cerebro para latir y los pulmones encharcados de cuatro alientos que me quedaron por suspirarte cuando estábamos en la cama.

Odio todo lo que tocaste en mi vida para dejarla en desorden para siempre, porque nada encaja donde estaba antes. Me tengo que poner zapatos en las manos para caminar, una bufanda en el pecho para no coger frío. No puedo dormir en otro sitio que no sea el suelo porque la cama ahora es tabú, y está prohibido limpiar el patio porque era algo reservado para hacer los dos como si fuéramos un equipo.

Odio odiar por tu culpa, porque yo siempre había sido de amar mucho, de querer, de hacerlo a peso, sin hacer preguntas y de no mirar hacia otro lado cuando me preguntaban si me comprometía mucho. Odio que los sentimientos, que habían sido una suerte de constitución inquebrantable para mí desde chiquitito, se hayan prostituido de una forma tan exagerada que ahora ya no me reconozco.

Odio estar roto de esta forma tan criminal por fuera y por dentro y que no sientas el menor ápice de culpa cuando el primer día te puse mi manual de instrucciones en la mano y hasta te lo canté con rimas.

Odio quererte.

A pesar de todo,

maldiciéndote entre dientes,

abusando de mí mismo.

Te odio. Como nunca quise a nadie...

Cuentos para (no tan) niños – XLII

Claire bajaba con su amigo por la calle. Era su dieciocho cumpleaños, y aunque tenía un tostadísimo cuerpazo mulato de mujer, se le notaban andares de cría ebria. Iba con un amigo suyo de quien jamás supe el nombre. Sólo sabremos que era alto y algo rechoncho, se reconocía gay a sí mismo (su sensibilidad con la situación le delataba), y era bastante simpático.

Nos encontraron sentados como se sientan los que salen de las discotecas algo bebidos. Yo, tremendamente indigesto. Tú, tremendamente linda. Estábamos hablando de tí y de mí mientras intentaba pintarte alguna de mis frases para hacerte regresar a mí y conseguir que te quedaras, aunque supiera que no tenías la menor intención. Y entre reproches recitados en verso y miradas que sabían dolor, nos encontramos los cuatro. Ahí, tan tontos. Sin saber que nos íbamos a tocar el corazón y removerlo hasta que olierá, a kilómetros, a sentimiento.

Se percataron ellos primero de nuestra presencia, y nos preguntaban nuestros nombres. Yo intentaba que respondieras todo el tiempo. Pero tuve que cambiar las tornas cuando después de decirnos que «pegábamos», te preguntaron sólo a tí si eras mi novia. Salté como un lince con una respuesta que ya había dado antes, cuando me decías que me querías los días impares y hacíamos el amor antes de ir a dormir:

«Es mi novia, sí, pero todavía no lo sabe».

Y como por arte de magia volvía a ser todo como antes. Mejor o peor, pero como antes. Y aunque no te dieras cuenta, el cristal de tu mirada se rompió. Nosotros tres sí lo vimos, y ellos se marcharon. No sin antes amenazarme con que te cuidara, que tuviera ojo con la silueta que tienes. Pobres, no eran conscientes.

A los pocos minutos nos volvíamos a calentar como adolescentes en esa nueva situación que has inventado entre tú y yo, escondiéndonos de los tuyos y de mi ilusión metiéndonos mano y jugando a que sólo había deseo.

Y yo juro por Dios que lo tenía.

Cuentos para (no tan) niños – XLIII

Cualquier tarde de resaca oigo las covers de clásicos que me van llegando con esas voces que me dejan no sé si dormido, o más vivo que nunca. Con letras que matan más o menos, pero que siempre llegan, al revés que tú. Fan eterna de las palabras vacías precocinadas para microondas, y especialmente de no llegar. Y eso es algo que odio absolutamente de ti, esa manía de volver cuando menos necesito que avives lo poco que queda de llama, esa manía de volver, pero de no llegar.

Hoy me ha dado por recordar, sin forzar la máquina lo más mínimo, esa manía que tenías de invadirlo todo para después de dejarlo vacío. Por eso siempre, entiendo, te consideré como un huracán. Llegaste, dominaste todo aquí y luego lo dejaste solado.

Primero fueron las marcas físicas. Un tachón en un libro, una firma con nuestros dos nombres detrás de un cuadro, un chupetón escondido en el cuello para que no se rieran de mí en la oficina... No tengo sinceramente ninguna queja, sabiendo que puedo desprenderme de todo esto borrando, tachando, o tirando cuanto me recuerde a ti. Pero hay algo con lo que contabas. A traición como tanto te gusta siempre que empiezas una frase con «voy a ser una cabrona, pero...»: y ese algo son recuerdos.

Tampoco puedo acabar de culparte. Quién no intenta dejar recuerdos y escribir en los días del otro cuando, teóricamente, está enamorado? No me refiero a despertarme por las mañanas y ver que no estás ahí. O que me puedo mover libremente por la cama, cuando antes procuraba casi aguantar la respiración para no molestar y poder ver, cinco segundos más, tu carita de niña buena que (ojalá) nunca había roto un plato.

No me refiero a eso, me refiero a todo. Me refiero a las canciones, me refiero a las noches de ruta juntos, a las mañanas de resaca más juntos todavía, a los enfados y sobretodo los desenfadados. A acercarte un café con leche a la biblioteca sabiendo que eres intolerante a la lactosa pero mira, lo quieres así. Me refiero a tenerte contra la pared y decirme que me quieres pese a que eres alérgica a amar. Me refiero a hablar de un futuro juntos y ponerle nombres a las cosas cuando jamás has vivido un tiempo verbal más allá del «hoy», y como mucho, «después» en términos de proximidad.

Me refiero a haber bailado juntos en cada centímetro de mi casa y no poder dar un paso sin recordar nuestro ritmo. Y así no me queda otra que esperar que te aburras y vuelvas, aunque al final no sé que no pretendes llegar nunca. Y ese nunca es para siempre.

Cuentos para (no tan) niños – XLIV

Qué quieres que te diga... hay días en que la realidad te da de bruces. Un sopapo como el que te da el aire de la ventanilla del coche cuando la bajas y sopla contra dirección a mucha más velocidad de la que tú deberías estar conduciendo. Cualquier día entre frases inspiradoras en tu página de Instagram alguien te acaba preguntando por la excusa que pondrás el día que alguien (además de quererte mucho) te quiera bien. Ya lo has pensado? Porque menudo marrón, cariño.

No te queda otra que tirar del recurso de la mentira. Como cuando de pequeña te regalaban aquellos pendientes que no te gustaban pero torcías el gesto, fruncías el ceño, tras preguntarte los padres de tu amiga que, si no te gustaban, los podían cambiar. Aunque probablemente sea distinto entendiendo que aquello era una excusa por compromiso, y aquí estás comprometiendo una vida, si no dos. Y aunque la excusa, la mentira, son una respuesta, tú has acabado demostrando que más allá de todo eso, eres mi pregunta original.

Si me hago una ecografía para ver qué vida llevo dentro, me doy cuenta que lo mío por ti va muy por delante de ese amor capitalista que te confesaba acerca de cuando celebramos fiestas teniendo no mucho más de diez años. No queda mucho latiendo, vale. Pero he llegado a tu vida sin picar al timbre, echando literalmente la puerta abajo y cuando te has dado cuenta te ha entrado el acojone. Ante ciertos tornados sólo puedes salir corriendo. No vale venir y darme un apretón de manos, ser políticamente correctos y salir en direcciones opuestas como el que no quiere la cosa.

Qué harás, definitivamente. Qué te vas a inventar? Has encontrado la fórmula entre quererte mucho y quererte bien. Me tienes delante y te va a entrar el tembleque. Sorpréndeme con tu ingenio.

O mejor, sorpréndeme con un beso.

Deja todo esto que te he dicho en papel mojado.

Cuentos para (no tan) niños – XLV

En un universo paralelo
los besos saben a pastel
me abrazas sin los brazos
y me miras sin estar.

En un universo paralelo
te peino con las manos
y cuando te doy mis buenas noches
no hacen falta sábanas que nos escondan.

En un universo paralelo
los grillos suenan felices
cuando nos saludamos y saben
que la primavera no termina.

Y en un universo paralelo
la humanidad nos envidia
recordándonos que es mentira
que la realidad es aquí y ahora.

Que ha llegado ya la hora
reconocer que mi fantasía expira
me humilla recordando que ni hoy es el día
ni este es mi universo paralelo.

Cuentos para (no tan) niños – XLVI

Vengo del médico. Hace tiempo que me venías reconociendo algo que no me gustaba. Y mi madre, y mi hermana, y mis amigos. Me he vuelto completamente loco, seguramente por y para ti, y estoy muy cerca de no tener remedio.

Así que he tenido mi primera sesión. Le he contado con todo lujo de detalle todo lo que he sentido contigo en una hora de visita, aunque por desgracia no ha dado para mucho más allá de los primeros veinte minutos de aquella noche en mi casa entre bromas y copas de vino, alguna mirada fuera de lugar y preguntas que nos llevaban a sitios que no sospechamos. No he tenido mucho tiempo para tomar aire ni poner comas ni puntos, pero desde luego que me he vaciado. Ha sido gratificante relatar, casi a cámara lenta, los primeros instantes de la noche en que empezaría a perder la cabeza en manos de la loca más magnífica y fabulosa del universo. «Una chica joven, sencilla y pizpireta», salía de mi boca. En mi cabeza sólo bailaba una diosa.

Me ha recomendado volver pronto pero no me ha dado, de momento, medicación prescrita. Yo por mi parte no estoy seguro de si me hace falta y la necesito o si no, pero me está bien. He ido por consejo general, pero nadie es consciente de que si me he vuelto loco de verdad, no quiero dejar de estarlo nunca. Probablemente como pastillas me baste con verte un rato cada un par de días y que al despedirte pueda ver tu cintura bailando calle abajo, juguetona. Como recordándome que lo que acabamos de hacer o incluso lo que no hemos hecho, es digno de poesía.

Evidentemente no le he contado esto último. Porque ni fueron los primeros minutos, ni los primeros días. Eres una suerte de antiestamínico, o relajante, o qué se yo, me haces sentir mejor. Y todo me hace reflexionar, lo más lógico sería, si te tuviera, no tener que visitar ninguna consulta. Eres lo que necesito y más para vivir y salir a la calle con el aspecto de una persona normal, siempre que no vayamos más allá de la sonrisa de estúpido que generabas en mi cara y que nadie lograba comprender.

Me ha dado hora para la semana que viene, exactamente de aquí a siete días. No dudes que esta noche me voy a ir a dormir con la convicción absoluta, de que sé, que si apareces de nuevo, estaré curado. Aunque sea un instante y nos veamos vestidos, nuestros labios no se besen, y nuestros corazones latan a ritmos distintos. Eres mi enfermedad y eres mi cura. Algo en el camino que no esperaba y una sorpresa que doy gracias a Dios que no haya hallado otro.

Sólo espero que si me nombran loco de atar, seas tú quien me ates (otra vez).

Esta vez, por favor, no me vuelvas a soltar.

Cuentos para (no tan) niños – XLVII

Nos vimos si mal no recuerdo, por primera vez, en la fiesta mayor de la universidad. De esto harán ya si mal no recuerdo diez años, qué jóvenes éramos... Ella tenía cara de muñeca, con unos hoyuelos que se le marcaban aún cuando no reían, instalados siempre en su cara de forma inconsciente incluso en los momentos tristes. A pesar, eso sí, de que tenía un imán para la alegría allá donde estuviera.

Me quedé prendado de bonita que era y aunque no pude ir mucho más allá de pedirle una foto entre cubatas de garrafón, algo me decía que me tenía que quitar aquella timidez que me había acompañado siempre de encima. Así que unos días más tarde (qué nítido lo recuerdo a pesar del tiempo) llamé a un número que me había costado horrores pedirle a su mejor amiga, compañera mía de promoción. El drama fue de novela: ya me costaba escribirle un SMS (no, el Whatsapp estaba por llegar) y Yolanda me decía que no, que no, que mejor llamarla, que le impactaría.

Y ahí estábamos. Yo en la salida de una tienda del centro comercial un domingo cualquiera con mi familia, nervioso como un niño el primer día de colegio y con, más que mariposas, terremotos de réplicas infinitas en mi estómago. Suerte la mía, fue amable como sólo ella podía serlo. A partir de ahí empezamos a hablar, a comer algún día juntos en la plaza de la universidad, hasta una noche de fiesta en esa discoteca que tantas alegrías (y algún disgusto) me ha dado, con mis mejores amigos y los suyos. Una cena ligera en un restaurante que ya no existe, un paseo con botellón de camino a la fiesta, y una sala abarrotada. Hits del momento, y cóctel de juventud. Nos fundimos en un beso de casi dos años, que se mantuvo incluso cuando dejé la facultad para ponerme a estudiar a distancia y trabajar para dar un poco de oxígeno en casa de mis padres.

Nos fuimos de hotel, pasamos el San Valentín más tierno del mundo en la cima de la Torre Eiffel en el último turno, cenamos en l'Étoile, se acostumbró a mi enfermedad por el baloncesto y me animó a emprender el sueño de salir de casa de mis padres y vivir solo. La única lástima fue que los tíos maduramos a un ritmo más «calmado» que vosotras y tiré la relación por la borda en dos días sin saber ni demostrar querer, siquiera, retenerte.

Siempre recordaré irme a comprar cosas y dejarla con mi abuelo en casa preparando muebles de Ikea. No tengo memoria de imágenes mucho más bonitas en mi vida, sinceramente. Y sólo la cercanía del fallecer de mi abuelo me dio una fuerza estúpida para llamar de nuevo y decirle que me sabía mal cómo había transcurrido todo. Volvimos a hablar aunque no fue nada como antes, y a día de hoy aunque hablemos muy poquito, diría que seguimos manteniendo un vínculo de amistad que estará ahí cuando cualquiera lo necesite.

Cuentos para (no tan) niños – XLVIII

Nueve paradas. Cerca de unos quince, quizá veinte minutos. Sacar el teléfono con muy poca batería y matarla escribiendo todo cuanto me da rabia acerca de ti, como que me quieras sólo cuando ves que voy a desaparecer o esa manía que tienes incluso cuando no sé qué haces, de lograr que acabe pensando en tu nombre. Y así me da para líneas, más líneas, y sin que me lo propusiera seguro que me daría (qué cosas) para un libro entero o para una trilogía pero ni lo dudo ni lo intento.

Sí que es verdad que alguna vez he fantaseado con trasplantar nuestra realidad a una novela. Una de piratas. Yo no soy ningún capitán Sparrow, y en tu figura no veo comparación posible. Te imagino en alta mar, incendiando naves tras lluvias de cañonazos y granizo en noches frías. Riendo de forma maquiavélica, con un parche en el ojo y una sonrisa tan malvada como sexy. Sin una pata de palo pero visiblemente coja, seguramente fruto de un accidente con alguno de tus amantes, y lógicamente un garfio que usas, en exclusiva, para arrancar corazones.

Pero sin loro. El loro está en tu camarote, guardado, y te da conversación las noches que sube la marea y te sientes sola y a la deriva.

Suerte que ahora no hablo del barco.

Y suerte que no somos una novela.

Cuentos para (no tan) niños – II

Perdería un metro, el hilo, un bus, un avión, una llamada, el norte y la vida por ella.

Y suena drástico, pero es que no lo es. Qué sentido tiene querer a alguien menos?

Ese alguien es prescindible, No? Vale, vale...

Primero debes quererte a ti mismo.

Pero llegados aquí, porqué conformarte con alguien que valga menos que todo?

Hemos venido a jugar, a ganar, a ser felices y a vivir, que al final de eso se trata.

Y no te preocupes que por muchas personas que haya en el planeta, aunque suene difícil, seguro que hay más de una que valga.

No es cuestión de quitarle romanticismo, sino de realidades. Estadísticas, números.

Como lo que la quiero a ella desde que empezamos a conocernos.

Del 1 al 10, la quiero todo.

Cuentos para (no tan) niños – L

No estoy roto. Un poco más vacío, sí, pero aún sonrío. Con algo menos de fe, aunque la mantengo, pero no me contengo. He sustituido el amor a primera vista por el pavor, y las ganas de follarte el alma con las de echar algún polvo más o menos sucio con un ligue de dos noches. Te lo digo así en claro porque ya me siento mejor, aunque la herida esté abierta y sangre, pero sé que si sangra, y sobre todas las cosas, si duele, es que estoy vivo. Y estar vivo después de un fenómeno sobrenatural como tu paso por mi vida, es para estar muy contento. Yo lo estoy.

Ahora además de lo que era, llevo un tatuaje que no se ve, con todas las firmas que dejaste en los muebles de mi casa. Soy la tinta sin escribir en la página que no marcaste del libro que te dejé. Y a ti que tanto te gustaban los aviones en verano por ser tu época favorita para volar, tengo que recordarte que aunque ahora esté corto de gasolina para el despegue, el problema no es ese, repostaré. Alguien me cargará de combustible y fuerzas. La cuestión será el destino. Si no es una persona, será un lugar. Si no un lugar, un libro. Si no un libro, oye, pues me quedaré donde estoy haciendo feliz a la gente que sí se deja. Pero sigo siendo un piloto, no pasajero.

Porque está bien que me quisieras. Y está bien que quisieras a Luis, a José, a Juan. A Álex. Pero a todos a la vez, no. A eso le puedo poner muchos nombres pero si alguien es más cruel que el destino, es sin duda la literatura, al poder de la imaginación de quien me lea. Así que parto peras con el deseo a cualquier precio de estar contigo y me libero. Perdono mi deuda con el romanticismo más propio de Romeo y Julieta y me reencuentro con mi dignidad a la que tantas palizas le he venido pegando los últimos dos meses.

Y te lo cuento sin whatsapps, sin necesidad de esconderme, sin necesidad de beber. Porque sí, a veces pedimos ayuda al alcohol para decirlo, pero el sentimiento lo vivimos serenos. Lo respiramos, lo dormimos, lo soñamos, lo latimos. Porque es de verdad aunque cueste tanto sacarlo. Que lo sepas. Y ya que te has encargado de ponerme en el mapa de lo literario, que lo sepan.

Esta mañana me he dado cuenta hablando con una chica que no conozco mucho, pero que tiene una pinta increíble, que el tiempo, el ibuprofeno, y la voluntad, lo curan todo, en orden de menor a mayor fiabilidad. Yo siempre he sido más de voluntades que de condicionales, y me lo impongo.

No lo sabrás pero le damos a la persona que queremos más poder que a cualquier personaje de cómic o de ficción, de Marvel o cualquier sitio.

Así que hoy ha nacido un nuevo superhéroe.

Hoy ha nacido Super Yo.

Y sí, vengo dispuesto a salvar mi mundo las veces que haga falta.

Cuentos para (no tan) niños – LI

Una café solo.

Darme los buenos días ante el espejo.

Ducha fría, dientes limpios. Cremitas. ¡Sonrisa!

De la piel al albornoz. Del albornoz a lo primero que encuentras en el ropero.

Salir de casa, echar un par de vueltas a la llave.

Pasear por la Diagonal hasta llegar a la oficina.

Revisar el cubo del aire acondicionado, vaciarlo, y respirar con alivio.

Pasar horas contestando a mails, escribiendo nuevos capítulos, llamando.

Reír con los chicos.

Poner a Berto de fondo, o la radio.

Bajar a por otro café o coger un par de Red Bulls.

Comentar ideas para los próximos viajes.

Seguir contestando mails, escribiendo capítulos, llamando.

Preparar el entreno de los chicos.

Salir de la oficina, llegar a casa y cambiarme.

Y claro, ir al entreno de los chicos.

Disfrutar con el baloncesto.

Volver a casa.

Husmear en la nevera casi vacía, un clásico de mi soltería.

Subir al 24 horas a coger algo para picar.

Acabar con la ensalada precocinada de siempre.

Ver un par de capítulos de algo mientras hago la digestión.

Salir a correr.

Volver.

Mirarme al espejo sudado, meterme en la ducha.

De la piel al albornoz. Del albornoz a la piel de nuevo. Con suerte, no es la mía.

Picar unas tortitas.

Pensar, tumbado en el sofá.

Echarme a dormir mientras sigo leyendo a Defreds.

Y pasadas las dos, cierro los ojos.

Que sí, probablemente sea una vida monótona.

Que vale, no apareces en ninguna de éstas líneas aunque cabías casi en todas.

Y por supuesto, ya no me acuerdo de ti en todo el día pero soy muy feliz.

Me despierto.

Y me hago otro café.

SOLO.

Cuentos para (no tan) niños – LII

Hace días que no escribo. Tengo síndrome de abstinencia, nostalgia de ti. Soy estúpido por naturaleza, humano por devoción. Adaptado al dolor, que no acostumbrado.

Llevo algunos días vivo y sano pero echo de menos padecerte. Porque te has llegado a convertir en una adicción poco sana, una enfermedad de la que además eras la única cura. Dosis regulares de sonrisas y algún que otro orgasmo cuando se viene arriba el dolor. Aunque por desgracia sólo fuiste, desde el día en que nos descubrimos, puro placebo. Una melodía llena de «falsettos», una obra casi exclusivamente de efectos especiales.

Y no hay antivirus que valga. Ni recetas del doctor, ni camisas de fuerza. Una suerte de herpes en el corazón. Te cogí sin darme cuenta y ahí estás. De momento incurable y a intermitencias. Hasta ahí crees que ganas la partida.

Pero he aprendido a convivir con el recuerdo. Con las marcas que hay y los espacios que se quedaron. Y no te queda otra que joderte. Vivirás, estarás ahí, pero no voy a morirme. Estoy más vivo que nunca cuando te veo y no me dueles.

Juego,
set,
partido.
y vida. sólo MI vida.

Cuentos para (no tan) niños – LIII

Y vamos a ser sinceros
tú, y yo,
y la comisura de nuestros labios.
Que regreso a los setenta que todavía no he tenido,
y vivo de un olvido generoso,
sin latido,
tenebroso,
y espero a un rugido entre el silencio
o una voz marchita,
que a través de tu puerta
me indique un camino de rosas y espinas
que termina,
si me mimas,
en domingos de Resurrección.

Cuentos para (no tan) niños – LIV

Como una obra de ópera antigua, o como una canción muy rápida en inglés cuando eres pequeño. No entiendes absolutamente nada pero ahí estás. Rallando a todo el mundo y tarareando como si no hubiera otra melodía en la galaxia. Un big bang musical.

O como las leyes de la termodinámica, la fusión nuclear y el principio de los tiempos. Son cosas que están ahí, que no eres capaz de explicar y afirmas asintiendo con la cabeza cuando alguien te las expone. Y aunque no tienes ni puta idea y te suena a árabe, entiendes que es así y ya está.

Incluso parecido al razonamiento de una madre, que sólo con un «como vaya y lo encuentre», hace que aparezca tu uniforme del colegio que creías perdido, detrás de la cama como por arte de magia, como con miedo a que realmente venga ella y lo encuentre a saber dónde.

Y muy seguramente cualquier comparación quede corta cuando se viene a hablar de cómo sabes que alguien es tu «mejor amigo». O amiga. Escapa a toda teoría por ser algo exclusivamente práctico, que es como es sencillamente porque es, y nada más.

Como un amor, sin esas cuatro pizcas de magia sutilmente erótica que lo convierten en amor. Como tantas cosas que no necesitan dar un paso más para ser perfectas. Así apareciste cuando yo tenía 16 años, y así desapareciste al poco, chulo y pasota. Así reapareciste un par de años después en mi colegio cuando ya sólo iba a jugar a baloncesto, y así te volviste a ir no recuerdo muy bien porqué. Y así regresaste, de la mano del anterior titular de mi ojito izquierdo, entre fiesta y fiesta para celebrar mi primera soltería y hacerte de una vez y de momento para siempre, titular indiscutible. Con idas y venidas, con grandes alegrías y alguna que otra pena risueña que nos uniría a todos mucho más aún.

Como dicen los americanos, somos hermanos de diferentes madres (y padres). Cosidos a base de paciencia y copas, temporadas en los banquillos y en las pistas. Liges de una noche o amores de años.

Y aunque como ya sabes el destino pudo ser terriblemente cruel, el mañana nos lo hacemos a nuestra manera, nosotros.

Incomprensibles por separado, pero también cuando estamos juntos.

Buenos en la soledad, geniales en equipo.

Porque podrías no ser mi mejor amigo,
pero yo sé que nunca me dejarás por mensaje.
Jamás pondrás el grito en el cielo si no usamos traje,
y si decides poner fútbol aquí sigo.

Porque cuando digas «haz lo que quieras» no irá con segundas,
si te vas puntualmente sé que vas a volver.

 Crecer contigo es un placer,
Prometo no dejar nunca que te hundas.

Cuentos para (no tan) niños – LV

Es de noche. De esas de verano en que el Sol apura para irse, y lo hace caso obligado para que no coincida con la hora de volver a salir. Sentados en el patio, con un bochorno brutal y acabando con las penúltimas copas que no terminan con tu sed.

Amenazo con ir a cargar dos gintonics más y entonces, justo entonces, saltan las alarmas anti incendios cuando enciendes tu cigarro, y le das dos caladas a la que sería la última canción. He terminado de recitarte todos mis poemas y mis ojos se marchan, bajando directamente al barro, entre tus dientes. Y algún hilo que no soy capaz de encontrar tira de mí hasta llevarme a chocar, labio con labio, con el último rayo de sol.

Una décima de segundo. Lo poco que tarda en llegarle el sonido de este trueno a tu cerebro. El rayo y sus chispas, la electricidad que queda alrededor. El calambre que no prolongo porque sé cómo puede acabar la situación.

Abro los ojos, me levanto y me voy a la nevera.

Ya sabes lo que dicen. Se avecina tormenta.

Cuentos para (no tan) niños – LVI

No entendemos de preliminares. Los tiempos cambian. Se nos va toda la fuerza por la boca, y cuando es por los dedos, nunca se marcha es en cuevas ajenas. Probablemente los que nacimos a finales de los 80 somos la última generación que vivió en primera persona cambios históricos como el cambio del SMS al whatsapp.

Quizá no te interese si naciste mucho más tarde, pero antes del maldito *whats* tenías que pagar por cada mensaje que enviabas (160 caracteres). Y joder si aprovechabas cada puta palabra. Abreviabas en todo, pero nunca escatimabas en lo que valía la pena, cuando lo iba a recibir quien valía la pena. Tu madre (eso no ha cambiado) podía gastar todo el tiempo y dinero del mundo en contestarte un OK, pero cuando al otro lado estaba la chica que te gustaba... con eso no se juega.

Pero ahora imagínate que tu teléfono no tuviera pantalla. Ni el suyo. Que no pudieras escribirle. Que sólo pudieras llamarle. Que su teléfono no fuera móvil sino fijo (o en su defecto, un iPhone, que en ese sentido viene a ser lo mismo). Y peor todavía, que no tuviera teléfono y tuviera que llamar a su casa. Y que sepas que en esa casa sólo coge el teléfono, por real decreto, su padre.

Tres tonos en los que ves tu vida pasar a cámara ultra-rápida. Una especie de *timelapse* en el que te da tiempo a rezar un «Padre Nuestro» y tres Avemarías. Sabedor de que te va a coger el teléfono una voz ronca, como de guardia civil de serie de TV de la que vas a notar su aliento aunque técnicamente el auricular no esté capacitado para ello. Y te lo descuelgan. Y sabes que no es un contestador, porque joder, el 95% de los hogares no tienen contestador todavía.

«¿Diga?»

Interioriza todo cuanto acabo de contarte. Cómo no íbamos a valorar más antes el empezar, terminar, o ni siquiera intentar una relación si sentíamos peligrar nuestra vida con una pedida de antemano? Lo normal es que lo pensáramos todo dos y diez veces, y que lo valoráramos cien o mil más.

Te hablo de una época que no era mejor ni peor, sólo era diferente.

Como tú y como yo, diferentes.

Casi de épocas diferentes.

Una época que no volverá.

Como tú, y como yo.

Cuentos para (no tan) niños – LVII

Si es ella de verdad no te engañes... no todo será de color de rosa.

Seguirás teniendo celos cuando hable con algún chico más guapo que tú aunque sepas que no tienes motivo alguno, seguirás sufriendo su ira cada vez que dejes los platos sin lavar, no hagas la cama o cambies su canal preferido.. Seguirás callando cuando estés incómodo por alguna situación a la que te lleve sin dejarte mediar, y seguirás comiéndotelo todo por dentro.

Pero no pasa nada, nada de nada.

No pasa nada porque serás feliz entendiendo esos celos e incluso los suyos cuando lleguen, que llegarán. Serás feliz sufriendo su ira porque incluso cuando se enciende está preciosa, y serás increíblemente feliz por estar «incómodo» así, entre comillas, comiéndotelo todo, precisamente porque es su todo, y no el de otra. Es el que has elegido y sabes mejor que nadie porqué lo has elegido.

Y entonces se hará la magia y pasará todo. Absolutamente todo.

Cuentos para (no tan) niños – LVIII

Te comería
con tenedor y cuchillo,
con cuchara,
con palillos,
con las manos...
Un buffet hasta reventar,
o mi primero
y mi segundo,
y mi postre.
Para desayunar
o el resopón antes de dormir,
o te picaría entre horas.
Me da igual cómo,
pero te comería.

Cuentos para (no tan) niños – LIX

Maldito alcohol. Lo cantamos todos, no es cosa de Pitbull. Cuántas veces hemos bebido por pasarlo bien, sí, pero cuántas veces lo hemos usado como excusa para hacer algo de lo que no teníamos cojones? Bailar, decirle algo a quien no nos atrevíamos. Confesarnos a quien nos gusta o meterle mano a la chica que te lleva poniendo desde que te gustan las chicas. O el chico, ojo.

Recuerdo mi primera vez. Un buen amigo me pidió a traición un cubata cuando yo le había pedido algo suave. No soy capaz de recordar lo que era, pero yo siempre había vendido que moriría virgen en cuanto a la bebida. Mi cuerpo, además de un rechazo total al tabaco, tampoco quería probar el alcohol. Y me la pegué bien pegada. Probé de aquel vaso y noté un sabor dulzón que tampoco me extrañó. Me dijeron que me habían puesto una marca rara, pero lo tragué encantado. Y las dos siguientes rondas, también.

Dos horas más tarde y entre risas todo el mundo sabía que iba más tocado que sereno, y me costaba aguantarme en pie. A mí, y a todo ante mis ojos.

De entre todos los que estábamos en aquel bar apareció una chica con gestos valientes y marcados. No era ninguna modelo pero a mí siempre me había hecho gracia, esa clásica estudiante rebelde pero aplicada que todos tenemos como compañera en nuestra promoción de bachillerato. Ya habíamos hablado antes del caos que se formó en mí, y seguimos después.

Quizá serían las dos de la mañana. No recuerdo claramente, pero el bar no tardó mucho en cerrar. Le hablé de cosas de mi vida, del deporte, de lo que quería estudiar. De los *profes* del cole que habíamos compartido, e incluso de alguna chica. De hecho le hablé de mi primera novia (aunque poco formal, hoy entiendo que lo era), pasamos ese tema como todos, por encima.

Literalmente como todos. Hasta que me eché encima de ella y la besé. Como si fuera la primera mujer que hubiera besado, o como si fuera a ser la última. No sé qué me pasó por la cabeza, pero llamé a L al día siguiente para confesarme y dejarlo.

Se me escapó un «maldito alcohol», pero evidentemente el culpable de aquello fui yo.

Y esa fue, como os decía, mi primera vez.

Cuentos para (no tan) niños – LX

Juntar a Messi y Cristiano en el mismo equipo.

Correr con los ojos cerrados sobre un alambre a quinientos metros de altura.

Dar la vuelta al mundo en 80 días. A pie.

Reescribir la Biblia a mano.

Cerrar una discoteca en una sesión de 12 horas. Que también empezaste.

Pagar un Ferrari con monedas.

Desnudar a alguien sin ponerle una mano encima.

Ganar una partida de póker con un póker de ases.

Llegar a fin de mes feliz con un sueldo de Inditex.

Beberte diez copas y no tener resaca.

Saber de memoria los primeros mil decimales del número pi.

Ser madre soltera de un niño ejemplar.

Conocer el nombre de todas las estrellas del firmamento.

Distinguir veinte tonos de blanco distintos.

Poder perdonar a quien te fue infiel aunque no lo olvides.

Podría dar mil definiciones de ir sobrado.

Y todavía hay una que está por encima.

Tener a ESA persona en tu vida.

Cuentos para (no tan) niños – LXI

Pasa que a veces hacemos cosas que no pensamos. Pasa que nos llevamos la contraria sin querer, pero queriendo. Pasa que no controlamos todo lo que creemos controlar, y que entre ironías, a veces lloramos de felicidad, y a veces sonreímos pese a estar tristes.

Pasa que a alguna vez recuerdo haberme enamorado de ti cuando no quería. Cuando no pensaba. Cuando todavía no tenía control de lo que era sentir. Era diferente a ahora.

No sé si te has dado cuenta pero hay gente que adora viajar pero le tiene pánico a los aviones. Los hay que adoran ganar dinero y tienen alergia a levantarse de la cama. Y luego estoy yo que sigo enamorado del amor (y las palabras), pero a la hora de la verdad no puedo ni verlo. Esa cara de asco que se te queda de pequeño cuando mamá te prepara pescado para cenar el lunes por la noche. Esa se me pone con el tema.

Pues pasa que quiero estar solo. Que te quiero pero me has tratado como trata el otoño a los rosales, o las olas a los castillos de arena. Y aunque no sé si me has dejado el corazón marchito o por los suelos, si queda algo no es para tí. Pero tampoco para nadie. No pasa nada. Sigo vivo con otras metas.

Pasa también que a veces pienso en ti, pero ya no en cómo estarás. Porque te quise lo suficiente como para vaciar los mares y llenarlos de tiempos pensando en tí, pero ya son sólo pretéritos. Ahora sólo busco en las redes si has vuelto a usar tu hashtag de vez en cuando, o si lo has borrado igual que todos los comentarios bonitos que te dejaba bajo tus fotos de Instagram para que no los vieran los otros chicos con los que juegas. Me pregunto si también borraste los de otro al que le partieras el corazón.

La verdad es que pasa que sólo pienso en tí en conceptos menos sanos como la envidia. Que mires mis últimas fotos desde algún teléfono ajeno y veas cómo pinto piernas, manos, espaldas y sueños que no son los tuyos aunque fuera tu piel la que inaugurara la modalidad de «versar obre carne». Que te muerdas el labio cagándote en todo, maldiciendo que sean otras y no tu, y que te plantees aparecer en la puerta de mi casa queriendo volver.

Porque yo estoy seguro que pasa una cosa, como que sí, te mueres de ganas de volver, y que tienes ganas de decírmelo a susurros, al oído, metiendo tu eco en mi cabeza como sólo conseguían tus puntos suspensivos cuando me llamabas por mi diminutivo.

Pero aunque adores volar le tienes pánico a los aviones. Aunque adores el dinero no piensas salir de la cama. Aunque adores el amor, le tienes alergia.

Pasa que aunque sigues enamorada de mí, sé que no piensas volver.

Cuentos para (no tan) niños – LXII

Llevo más de sesenta capítulos escribiéndote. Más de sesenta noches buscándote con las piernas al otro lado de la cama. Casi treinta años convencido de que lo que tenía que pasarme eras tú.

Llevo cuatro horas en la oficina, hoy he madrugado muchísimo. Una napolitana y casi medio litro de zumo de naranja. Con pulpa. Sin azúcar. Frío pero refrescante.

Llevo las bermudas Hollister que tanto te gustaban. Pulseras en las dos manos. Y el guapo subido. Tanto que hoy me he hecho una de esas fotos que tanto te gustan de postureo frente a un espejo. Poniendo morritos. Soy un post-adolescente en esa etapa en que surfeo los «veintidiez».

Llevo poco dinero en el bolsillo. En el peor de los casos, suficiente por si tuviera que invitarte a pastel de zanahoria y un zumo de remolacha. De esos con un sabor más marcado del que dejaban tus besos antes de que empezara a fumar al ritmo al que lo haces ahora.

Llevo las ideas claras. Aunque hoy me duele un poco la cabeza y a ratos se me nubla la vista. Ya que el amor no lo ha hecho no me preocupa, de algo habrá que morir, aunque sea en la ironía.

Llevo una marca, fruto de la pasión, sobre el pezón derecho. Unas ojeras espléndidas que van a juego, y los músculos de cintura para abajo algo dolidos.

Llevo un rato pensando que una imagen vale más que mil palabras. Y aunque a veces te echo de menos, visualízame con otra, de la mano, y mirándola como te miraba a tí mientras hacíamos el amor.

Llevo ventaja.

Cuentos para (no tan) niños – LXIII

De algo hay que morir, me dice un buen amigo tras encenderse otro cigarro más. Es el clásico comentario de los que tienen alguna adicción injustificable más allá del puro vicio.

En otro fogonazo intempestivo de los que te caracterizaron siempre, apareciste de nuevo. Poco antes de la lluvia. Como una especie de rayo que anticipaba una tormenta verbal vía Whatsapp de las que me dejan empapado. Normal que me haya despertado con dolor de espalda y las lumbares hechas trizas. Lo raro sería lo contrario, cuando sabes que tu humedad siempre me ha calado hasta las tripas.

Como por inspiración divina. Me hiciste escoger entre mensajes si prefería morir de hambre, o envenenándome el postre como plato único. Un mal menor, pensarán algunos. Para ir camino a los 20 yo pienso que de menor, tiene poco. Que vaya, cuando te lo propones, qué manera de doler.

Y sin entender muy bien cómo, cuando ya te había hecho las maletas y te las había enviado a Pekín, apareces. Sin picar a la puerta. Sin llave. Sin educación, Prácticamente sin más ropa que una carita de cordero degollado que sabes poner desde (aún más) niña y que ya no sé cómo creerme, ni me la creo.

Solamente a ti que te di boleto de ida a «hasta más ver», se te ocurre volver entre truenos y relámpagos. Generando fuegos artificiales, ruido y luz en mi propio patio desde un chispazo tan estúpido como un «y si...».

Y Dios aprieta pero no ahoga. Veremos cuantos días pasan hasta que vuelva a salir el Sol.

Cuentos para (no tan) niños – LXIV

José va camino de los 60 años. No tiene mujer, no tiene hijos. Tiene familia, pero ya hace mucho que ni se le ve con ella, ni sabe de ella. Algún que otro amigo que perdura con los años y con el que ha perdido contacto, pero que supone que en caso de necesidad estará ahí.

José suele estar en la terraza del bar de la esquina haciendo el café de la tarde. Y el de la tarde noche. Pero también el de la mañana, e incluso varios cafés porque sí. Siempre solos. Ha perdido la cuenta de los azucarillos que ha diluido. Ha perdido la cuenta de los kilómetros que ha recorrido dando vueltas con la cucharilla. La cuenta de los parpadeos que se ha ahorrado.

Mira al tendido como quien está esperando tras la barrera a que aparezca alguien del aeropuerto. No mantiene ningún cartel de «bienvenido», pero tiene en los ojos esa mirada de quien está esperando que llegue alguien. Un pasajero especial, alguien que comprara un billete de ida con la intención de llegar y quedarse.

Siempre vestido con una sonrisa. Siempre cordial. Actuando siempre como si no hubiera ido nunca más allá de los veinte, y empezando a saborear cada día de vida como si fuera sabedor de que quizá ya no queda tanto. Siempre con esa sonrisa, limpia y planchada.

José espera a que empiecen a amenazar con echar la persiana para volver a casa. Que sea la hora de la cena y no haber cenado no es una excusa para dejar el café. Al fin y al cabo, taza tras taza, es el único que jamás no le ha coqueteado con el abandono. Y eso para José es mucho.

Con el corazón prejubilado y los ojos jugando a cerrarse, se marcha. Con la vista cansada y ojeras porque la edad no perdona, pero encuentra la llave, entra en casa y cierra el pestillo. Se marcha a dormir a la cama.

Mañana volverá a sentarse en la terraza a tomar café. Solo. Y hará cuarenta años que se pregunta, con su sonrisa y sus modales, que porqué no tú.

Cuentos para (no tan) niños – LXV

Siempre me quejo de un montón de cosas en ti que no me gustan. Que fumas. Que mientes. Que a veces parece que pases de mí. Que pasas de verdad. Mil tonterías que mira, al final te hacen ser quien eres. Y no eres sólo lo bueno, eres el pack completo. Indivisible y sin ofertas.

Si la vida fuera un enorme supermercado, y tú por casualidad tuvieras precio, te habría metido en mi carro nada más entrar. Y nada más entrar me habría ido. Y aunque llegado a casa me pusiera a encontrar mil cosas que no soporto de ti, tiro el ticket encantado. Contigo no hay devoluciones, te compré tal cual.

Y aunque me quejo por vicio, y me saques de quicio, al final sacas lo mejor de mí. Me haces darme cuenta de lo que más me cuesta decir.

Lo siento. (Ojalá tuviera fuerzas para intentarlo). Una vez más.

Cuentos para (no tan) niños – LXVI

Abre los ojos, espabila de una vez. Entiéndelo, aunque seas una persona maravillosa, tuviste mala suerte. Te cruzaste con otra pequeñita, diminuta. Y como esa hay muchísimas, y nunca sabrás que lo son hasta que las abras como un melón y sepas lo que lleva dentro.

Y no hablo de tamaño, claro. Hablo de esas personas que se encogen cuando la vida viene a verlas los lunes por la mañana para que sonrían, aquellas que usan una coraza para el amor incluso cuando tu rifle dispara flores. Las personas que se refugian en el búnker de lo material huyendo de lo eterno. Estas personas que te digo están en todas partes, y son bonitas, y parecen geniales. Pero te vas a morir a su lado.

Hoy se lo he leído a Christian en Instagram. «Si no vas a venir, no vuelvas a llamarme». Joder, qué de verdad. Qué típico de persona pequeñita, chiquita. Luego estoy yo, y también estás tú. Que no me conoces de nada, pero te lo explico como si nos conociéramos. Probablemente si estás leyéndome sea porque jugamos en el mismo equipo.

Tú eres grande, rondando el infinito. Sobrevivirás a huracanes de mentiras y cuernos que embisten con la fuerza de mil ejércitos. Vivirás contando anécdotas tras el desengaño y te levantarás cuanto te vuelvas a caer de tropezarte con esa piedra. Porque aunque te hayas enamorado de una (pequeña) piedra, está en el camino y no es tu destino. Sigue caminando.

Si no eres feliz, créeme, encontrarás algo mejor. Sólo sigue moviéndote, no te quedes en el mismo sitio, porque eso no funcionará. Coge el mando y cambia de canal. Ponte unas deportivas y sal a correr. Ve al peluquero y cámbiate el peinado, sal esta noche y liga, liga un montón. Las personas que sonríen de corazón ligan más, follan más e incluso viven más. No es mentira, pero tienes que probarlo para acabar de creerme.

Y no me lo agradezcas, pero te voy a contar un secreto. Todo esto, ya lo sabías. Mucho antes de que cogieras estas páginas entre tus manos y las mecieras como el bebé que no es, pero espera alegrarte la vida y darle un sentido distinto a tus noches en vela.

Eres mucho más grande que eso, que esas sombras. Y te olvidas que las sombras son un reflejo más grande de una figura que se pone entre ti y el Sol. Pero también te olvidas que eres Sol. Estrellas. Marchas militares y grandes óperas. Atardeceres de colores vivos como el rojo de la piel de las ciruelas, el último número del Cirque du Soleil, o la Torre Eiffel iluminada bajo la luna llena un 14 de febrero.

Eres espectáculo. Alguien ahí fuera se muere por comprar entradas de reventa. Va a disfrutar de verte aunque sea desde el gallinero. Ve e invítale a una cerveza en el descanso. Y convierte tu espectáculo en cosa de dos. Pero que sea el tuyo.

Cuentos para (no tan) niños – LXVII

Un bocadillo sin pan.

Star wars sin Darth Vader.

El Louvre sin la Mona Lisa.

Una mañana sin café.

El Barça, sin el Madrid.

España sin Catalunya.

Avelino sin Pepa.

Martes de terror que no cae en trece.

Luces sin sombras.

Cuentos sin niños.

Rascar sin que pique.

Una carta sin destino.

Vivimos en un mundo en que algunas cosas no se entienden sin otras.
Como por ejemplo, mi mundo sin ti.

Cuentos para (no tan) niños – LXVIII

Bruno tiene el pelo rubio. Rubio y rizado, auténticos rizos de oro. Rebeldes y salvajes, indómitos. Ojos azules como si se le hubieran caído un par de trozos de cielo en sus ojos. Nació ligeramente bizco pero nada que no pueda solucionar hoy la cirugía.

Conocí a este pequeño ángel una mañana de mayo con apenas un añito. No entendía nada de nada, y alucinaba al salir de la parada de metro, en parte supongo que por las bocanadas de aire caliente que llegaba de la calle, en parte por la luz del Sol impactando como tortas en su cara. Y ahí te esperaba a ti, y a él.

He conseguido borrar de mi mente los regalos que te he hecho, pero sí recuerdo con nitidez que le llevé un pequeño pote con forma de juguete relleno de Lacasitos. A nadie le amarga un dulce y ya que tú eras mi regalo cada día, no íbamos a dejar a ese casi bebé con aspecto de querubín de Belén navideño sin nada que llevarse a la boca.

A pocos metros de la salida, empezando nuestro paseo matutino, lo tiró todo, absolutamente todo, al suelo. No quedó ni un caramelo de chocolate dentro. Supongo que fruto de esa timidez de la que nunca alardean los niños pequeños, se calló mirando al suelo.

Y no entiendo muy bien porqué pero el hecho de tirar todo por el suelo le acercó a mí. Acabó subido en mis brazos cada vez que se acercaba un coche por aquella calle estrecha o cuando te apetecía a mirar escaparates en tiendas «monis», como las llamabas tú.

También recuerdo cuando nos acercamos por el mercado del barrio y en una parada nos preguntaron si era «nuestro», a lo que nos reímos. Nos sirvió para que le regalaran unas chucherías junto a las croquetas que compré para picar antes de comer.

Finalmente nos fuimos a buscar un taxi y lo dejamos en casa de su madre, a poca distancia de la tuya. Y nos fuimos a comer, que ya era hora, mientras yo babeaba con el recuerdo de lo tierno que había sido todo. Como ser papis por unas horas.

Viviendo felices. Ignorando un divorcio venidero.

Cuentos para (no tan) niños – LXIX

Recuerdo cariño mi época con R. Recuerdo que fue la primera chica en mi vida que llegó a apostar por mí claramente y decirme «eh, tú, conmigo». De esa clase de personas que tiene clarísimo lo que quiere y que no te suelta llueva, truene, o nieve.

Hablando de nevar, recuerdo también una de esas raras veces que llueve en Barcelona. Le prometí que la iría a ver el día siguiente, inconsciente de mí, sin saber precisamente que iba a caer algo increíble.

Su carácter era tan exuberante como su cuerpo. Ambos me encantaban. La llamé diciéndole que no iba a ir porque nevaba muy fuerte y se enfadó. Era primera hora de la mañana y pese a que tenía toda la lógica del mundo, supongo que fruto de despertarla, no le hizo mucha gracia oírlo. Pero para valor, el mío. Alguna mentira había con buen propósito.

Ahí estaba yo, saliendo de la estación de Premià de Mar a pie para subir un camino que normalmente se hacía en bus durante 15 minutos o casi una hora a pie, cuestas de treinta grados de inclinación a una temperatura creo que bajo cero. Evidentemente bajo la nieve iba a tardar más.

Tras una odisea interminable me plantaba en el pueblo de encima, cubierto en milímetros de capa blanca y fría, picando a su puerta un par de veces. Y no me abría nadie. Hasta que la llamé y me lo cogió (supongo que lógicamente no esperaba visitas y no tenía planeado bajar a abrir a nadie).

«Ahora que ya sabes que no soy el cartero, me puedes abrir por favor?»

Bajó en un periquete y me abrazó más fuerte de lo que creo poder haber abrazado jamás a nadie. Supongo que una sorpresa así le hacía ilusión y lo dejó patente. Y el hecho de ver que reaccionaba así me animaba a seguir haciéndole sorpresas pese a que no nevara cada día.

Y aunque no volvió a nevar, llovió mucho. Fue probablemente la relación con más altibajos que he vivido y, como las otras, terminó. De una forma extraña, un poco forzada por los dos. No volvimos a saber (ni quisimos) durante mucho tiempo, el uno del otro.

A día de hoy ella es feliz con un chico que se parece poquito a mí pero que es evidente que la hace sonreír como nadie antes, y me alegro un montón.

Todos nos merecemos ser felices, lo entendamos o no.

Cuentos para (no tan) niños – LXX

Todo lo que nunca dije.

Todas aquellas palabras

que no encontraron aire

ni valor

para volar hasta ti.

Disculpas sin fingir

que no supe decir,

las veces en que vivir

fue una aventura inexplicable.

Los «te quiero» guardados tras fosas con tiburones,
las cajas de cartón en que guardamos, al final, el corazón.

Las veces sin preguntarte «cómo estás?»,
saber que la respuesta no sería «aquí a tu lado».

Todos los abrazos que no te di.

Todas los susurros al oído cualquier noche.

Toda la sinceridad que se nos fue.

Todas las tardes de domingo que no te pude ver.

No volverán.

Como el viento,

o las horas,

o como el mar,

se marcharán

si no lo hicieron todavía.

Volvería

si pudiera, volvería, un día atrás,
para emprender
un viaje
y encontrar, y liberar,
todo aquello que nunca dije.

Cuentos para (no tan) niños – LXXI

Sus ojos tenían que ser azules, no había más opción. He visto mares y océanos de un color muchísimo menos vivo, muchísimo más triste y muchísimo menos real. Aunque si me hubiera fijado tres segundos más me hubiera dado que por mucho que debieran ser azules, no lo eran. Pero tampoco eran grises como defendías. Eran color «tú». Y tú, querida, levitas por encima de los colores y los tonos.

La miré fijamente a los ojos como nunca lo había hecho hasta ahora. Como cuando vi su cuerpo desnudo por primera vez. Y como si por primera vez quisiera ver más allá.

Y me pasaron todos los miedos por la cabeza. Como esa película que dicen que te pasa por los ojos antes de morir, a cámara más rápida que un enamoramiento en el metro.

Saltar, irme, volver, quedarme, meditar, seguir, salir... Tengo que confesar que me sentí tan intimidado por sus ojos como siempre he pensado que alguien se debería sentir delante mío. Quizá incluso un poco más.

Hasta que saltó algo dentro mío y pensé un enorme «a la mierda». Con la de veces que habíamos follado hasta el momento, sentí como si fuera algo nuevo, distinto. Me estrené en el puenting sin cuerda, sin red, sin puente. Directo contra tu boca con una aceleración por encima de la gravedad. Dispuesto a pegármela como hacía tiempo que no lo hacía.

Y chocamos, claro que chocamos. Con los ojos cerrados pero escuchando sus olas. Nuestra particular noche de pesca bajo las estrellas. Rompiendo labio con labio y oliendo la sal.

Cuentos para (no tan) niños – LXXII

No tolero ni entiendo muchas cosas en la vida.

A la gente que no entiende ni tolera que dos personas del mismo sexo se quieran.

Los que quieren estar solos sin darle la oportunidad al amor nunca antes.

La poca fe en las parejas jóvenes para durar toda la vida.

No tener curiosidad para probar cosas distintas en la cama.

O fuera de ella.

Me enfadan las incongruencias en el amor y en el sexo.

Y si existe un Dios debería estar igual de enfadado que yo.

Probablemente más.

Aunque sin conocerle y conociéndote, hay una cosa de él que tampoco entiendo.

Hay pecados capitales que quedaron sin definir en la Biblia.

Por ejemplo,

morder tus labios deberían cabrear más a Dios que una puta manzana.

Cuentos para (no tan) niños – LXXIII

Si te gusta, ve y díselo. Si quieres besar, ve y besa. Donde quieras y como quieras. Respetando y si te corresponden, pero besa. Si quieres gritar, grita. Si quieres estar callado, calla. Si quieres pasar el balón pásalo, y si quieres, encara la portería y chuta, o encara el aro y encesta. Lo que quieras.

Pero no te quejes si se va con otro porque no abriste la boca, o porque borraste aquel parrafón que escribiste en tu whatsapp por miedo a la respuesta. No te quejes mañana de no haber probado jamás si sus labios sabían a su perfume por no haberlo intentado. No te quejes si te guardaste toda la mierda dentro. O si hablaste de más cosas que no tenías que haber dicho nunca. No te quejes si te conviertes en la pelota en vez de jugador.

En definitiva, no te quejes.

Porque los hechos valen más que las palabras, sí, pero si estás callado tampoco sumas. Y si no sumas, es que restas. Y quién quiere estar con alguien que reste? Plántate en su vida y dedícate a llenar todos los huecos de su vida. Olvídate de su cuerpo que para eso ya habrá tiempo y ganas.

Llévalo todo y recuerda que las copas bonitas ocupan espacio pero no pesan. Que si no es ella será otra, pero que tú eres tú y vas a seguir siéndolo siempre.

Ve y dile todo. Que eres tú, Y que eres para ella.

Cuentos para (no tan) niños – LXXIV

Esta vez jugaremos a no conocernos. Va a ser la partida perfecta porque, aunque perdamos cada uno, al final saldremos ganando los dos. Nos quedaremos en la primera impresión y no habrá más. Te veré bailar sobre el podio de la discoteca con tus amigos, y prometo no mirarte con recelo con invitarte a algunos chupitos. No me quedaré embobado intentando contar las pecas de tu cara, justo cuando esté a punto de terminar, evitaré parecer ese buen chico que nunca llegué a ser del todo ofreciéndome a acompañarte hasta la puerta de tu residencia.

El camino no se me hará infinito, porque no me habré bebido esa última copa. No charlaríamos de lo que hacemos cada día cada uno, y no me mordería la lengua antes de preguntarte si tienes novio (y morirme de vergüenza) o no. No llegaremos al bar del hall a cuchichear a las seis de la mañana, no me acercaré como un loco a besarte como si fuera el primer beso de mi vida en los labios, sin nada más que ilusión. Y no dejaré que me invites a tu cama para besarnos jugando con fuego. A riesgo de quemarnos pese a que controlaste las llamas hasta regalármelas, enteras por mi cumpleaños, seis semanas después.

Al día siguiente, después de no dormir abrazados como si nuestros cuerpos fueran las dos únicas piezas de un puzzle de museo, no hablaríamos encantados de habernos conocido, con ilusión y toda la ambición del mundo de repetir y ver si las sensaciones seguirían igual. No sonreiría como si se acabara de desenvolver la lista entera que pedí como regalos a los Reyes Magos. Y no vendrías a las seis de la mañana la noche siguiente, por sorpresa y sin preguntar, a buscarme para repetir la misma noche, tan inocente como decidida. Con una camiseta de Metallica que incomprensiblemente yo, y la cola de amigos míos que tenía babeando por donde pisabas, pensábamos que te quedaba genial a pesar de tus gestos de «niña bien».

El resto no sería (la) historia (más bonita del mundo nunca contada).

No sentiríamos celos ni desconfianzas, yo no te sería infiel en cuerpo y mente, tú no fallarías tampoco a tus promesas, y no habría terminado un verano con las maletas yéndome de tu casa y con el corazón desahuciado.

Ya hemos jugado a esto antes. Esta vez prefiero que gane otro.

Cuentos para (no tan) niños – LXXV

No te preguntes porqué te quiero ver
después de comer
o al volver
de la oficina,
aunque estemos discutidos,
o me des la espalda,
o huyas de hablar conmigo
o de mí.

Sólo quiero oír el timbre
si no te huelo venir.

Tú nunca fuiste de tacones
y después traerán pompones
a mitad del bochorno de julio
búhos y dragones
y demás

para animar la que se nos viene encima.

Vamos a convertir la hora de la siesta
en una fiesta,
cuando a media tarde
arda el sol
y no corra el aire
más allá
de las bocanadas de aliento
que me invento

para que lo nuestro
funcione un poco más.

Cuentos para (no tan) niños – LXXVI

No quiero escribirte. Quiero que estés. Aquí. O mejor aún, me conformo con saber quién eres, o dónde estás. O el color de tu pelo. O si me darías un beso en la frente antes de dormir y me recordarías que me quieres. Aunque ya lo supiera.

Porque he vuelto a sacar la cabeza de bajo tierra y aunque cuesta abrir los ojos con tanta luz, celebro la ceguera. Se irá. Como se fue la anterior a ti, pero sin forzar. A mi ritmo. Poco a poco y sintiéndome mejor con el entorno. Además a medida que mi mirada recupera su nitidez, me doy cuenta de cosas buenas.

Por ejemplo, que es cierto que lo que no te mata, te hace más fuerte. Más duro. Mejor. Aquí estoy, con mil cicatrices en el alma que ya se curan. Con toda la ilusión del mundo recuperada. Sonriendo mientras escribo estas líneas.

Me han hecho mejor. Todas me hicieron mejor. Incluso la que me volvió un poco loco me dio vida, la que me puso los pies un poco en el suelo me cambió para bien. Escribo cosas bonitas porque las he conocido, y escribo cosas feas porque también me dejaron muchas noches sin dormir.

Y he dormido muchas noches solo y muchas acompañado. Suficientes para saber dónde estoy y dónde quiero estar, cómo, y con quién. Sé que con quien quiera que tenga que pasar mis días, existe. Ya terminó la época de los triples mortales con tirabuzón a piscinas sin fondo, ha llegado la prudencia a mi vida como ha llegado el otoño. La temeridad se marchita como las flores y se hace de noche antes y durante más tiempo. Y he entendido que esto no es malo. Sólo que es así.

Así que no le voy a dar más vueltas. Ni se las des tú. Por si me estás leyendo, que sepas que me gusta dormir en el lado izquierdo de la cama, caminar de puntillas al despertar sea la hora que sea, y preparar café para dos tal como salgo del baño. Aunque me lo tenga que beber yo. Que no me gusta guardar la ropa de verano, soy adicto al ibuprofeno pero no más que al sexo mañanero y a las duchas con agua muy caliente.

Y que sepas que no tengo ningún tipo de prisa por encontrarte. Que soy feliz.

Quiero que estés aquí.

Cuando quieras.

Que me beses mucho en la boca y de vez en cuando en la frente.

Y que me digas que me quieras

cuando quieras también

aunque ya lo sepa.

Cuentos para (no tan) niños – LXXVII

Patinando hacia la izquierda con el dedo índice. Una vez detrás de otra. Maldito Tinder. Parece que el planeta se te haya tragado. Que se te haya llevado a otra dimensión. Junto a mis sentimientos. Siempre juzgaste que no fueran de verdad, pero lo cierto es que sí lo eran.

Porque Tinder es como la vida pero de forma más fría. Si no te gusta lo que ves, no tiene opción. Sí o no. Y no sé muy bien porqué me planté delante de la pantalla del teléfono, casi haciendo tantas horas como para cotizar, buscando una foto de las pocas que tuyas que te parecían publicables.

Alguna vez me equivoco y le doy que sí a alguna chica que se parece a ti, o lo que recuerdo de ti. O quizá no se parece. Pero me da que pensar que podría hacerme sentir una décima parte de lo que sentía cuando salías corriendo a abrazarme al llegar a casa de la oficina. O de lo que sentía cuando me despertabas con un beso para decirme que se hacía tarde sabiendo que tenía reuniones a primera hora.

Veo alguna chica que parece más guapa que tú, y me asombra. Y tampoco la quiero, tampoco eres tú. Es muy bonita, sí. Pero no tiene tu voz. Ni tus manos. Ni tu risa de caballo estropeado cuando te hacía cosquillas porque rabiabas a morir.

Pero por suerte (y para tu desgracia) algún día alguien me cogerá y me dirá que le gusto. Y me gustará. Y no me hará sentir más, quizá diferente. Quizá mejor, sí. Y cerraré la aplicación. Y bueno, no te habré encontrado, pero curiosamente, buscando, habré encontrado la manera de olvidarte.

Con o sin Tinder.

Cuentos para (no tan) niños – LXXVIII

Con la que está lloviendo. Sin avisar, aquí fuera de la oficina. Primero he oído un trueno de aquellos de película de terror. De miedo, de esos como irte a dormir solo sin saber dónde estás.

Me he muerto de miedo, sí, por muy tiarrón que sea según mi madre. Luego me he muerto de nostalgia, y de ganas por tenerte en casa para ponernos una peli mala y abrazarnos bajo la manta. Con olor a palomitas saladas de fondo junto al sonido del microondas preparando la tarde. En el sofá abierto para poder hacer la croqueta y jugar al kamasutra de los mimos acurrucados. Qué bien.

Al final me he recordado a mí mismo que sólo tenemos miedo a las cosas que no conocemos, y no es la primera tarde que llueve ni mucho menos la primera que no estás. O que no quieres estar.

No me dejas mucho más remedio que tumbarme con el control absoluto del mando de la tele (y mi vida) y pasear por los menús de mi Yomvi buscando algo que ver. Hoy me apetece algo pasteloso, algo para hacerme daño. Un Querido John, un Diario de Noa. Ver el drama de otros antes que recordar el nuestro.

Abrir la nevera y picar cualquier cosa. Sin compartirla. Ponerme ciego a refresco y patatas. Yo solito. Y no cortarme a la hora de llorar como una magdalena con las mismas escenas que me sé de memoria.

Todas las he vivido contigo.

Cuentos para (no tan) niños – LXXIX

Bien situado. Recién reformado integral. Acabados clásicos, como de otra época, pero adaptado a los estilos actuales. Soleado prácticamente todo el día. Con luz propia. Un ático con terraza que en las noches de verano te permite ver las estrellas. Y aunque no salgas vas a poder verlas igual. Zona tranquila (cuando quieras). Con vecindario selecto.

Sin duda, el día que puedas SER ese piso, serás feliz de verdad.

Y lo más importante, dejarás de tener precio.

Cuentos para (no tan) niños – LXXX

Necesito un perrito. O un perro muy muy grande. Lo he decidido hace sólo un rato. El chocolate no sustituye el sexo y el cariño de un animal no va a sustituir lo que me hiciste sentir. Pero quizá sea hora de encontrar cariño incondicional otra vez, pelos en mi almohada o lametones graciosos que me despierten. De encontrar a alguien que no aguanta la alegría de verme entrar por la puerta de casa. La hora de salir a pasear sin encontrarme un no por respuesta.

Necesito poder hablar durante horas aunque desvaríe con la mayor de las tonterías y que no me rebatan nada de nada a mis alas. Poder decir que dos y dos son cinco y quedarme tan ancho porque me vayan a querer igual que, aunque lo esté por ti, no me tomen por loco.

Necesito poder sonreír al jugar acariando una espalda, necesito poder estar horas sin hacer nada más que hacer feliz a alguien. A un animal si es necesario.

Necesito pasar página. Y probablemente te digo la mayor de las verdades si en la falta de respuesta de un perro encuentro todo lo que no encontraré en ninguna otra después de haber llegado tú. Quizá no puedo verme al lado de otras personas como me he visto al tuyo. Y quien dice al lado dice encima, o dentro. Muy dentro.

Necesito entender que aunque siempre ha sido una de «mis frases», lo que no puede ser, no puede ser, y además, es imposible. Como tú conmigo. Que encontrar a alguien que me enloquezca, desordene y quizá me enamore, no sea una opción vetada después de haber pasado por tus manos.

En realidad necesito verte a ti en la esquina de debajo de casa, con el coche en marcha y en doble fila esperándome para arrancar y marcharnos tan lejos como aguante el cuerpo. Y olvidarnos de que el mundo es mundo más allá de nuestros dedos.

Pero eso no va a pasar. Así que tengo claro que voy a adoptar un perrito. O un perro muy grande. Y le voy a dar todo el cariño (y caprichos) que nunca me dejaste darte a ti.

Y quizá un poco más.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXI

Como siempre (o como nunca), te habías ido. Ya estabas fuera de mi vida. Lejos, desaparecida. Supongo que te escondías entre los arbustos de tu corazón esperando a salir, machete entre los dientes, a atacar de nuevo. Y suponía bien.

Siento la necesidad de quedarme en tu vida. De la forma que sea. Una foto en tu cartera que nunca puedas tirar, un disco de temas románticos que puedas guardar en la guantera del coche o un libro con cien cuentos de ti y de mí. Es lo que llevo haciendo desde que se acabó. Cortar por lo sano, sí, pero intentando dejar un resquicio de algo que no te deje soltarme. Por mucho daño que nos haga.

Entiendo que esto va contra natura y mis palabras. Que siempre he dicho que no, que se acabó, pero leí ayer, por suerte o por desgracia, que quien dice que ha amado a dos personas diferentes es que no ha sentido el amor. Y aunque curiosamente la primera noche en que nos conocimos te presenté el libro de recuerdos en el que vivía «la mía», llevo cierto desacuerdo con la frase.

Te he querido muchísimo y al mismo tiempo te he estado odiando. Y estoy seguro que se va a quedar en odio.

Supongo que es una forma tan loable como cualquier otra de querer mantener a alguien en tu vida.

Aunque sea a golpe de vistazos de reojo.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXII

Puedo acostarme a tu lado? Junto a ti? Llorar, suspirar, cerrar los ojos y lamentarme de todo cuando pasó o no..?

A veces necesitamos una persona en nuestra vida en el rol único de amiga. Que nos ayude y nos consuele. O quizá nos vale tan solo con que nos toque, que nos haga sentir piel con piel, de mismo planeta. Que ambos hablamos el idioma de las caricias, el de los mimos. Alguien que sin llegar al clímax del beso sea capaz de tumbarse en la cama o el sofá, con nosotros, nos mire y nos diga que todo irá bien, aunque evidentemente no vaya a ir nada bien.

Ser del sexo contrario no siempre ha de ir vinculado al deseo o al sexo. A veces es un salvoconducto a la vida. A tener frente a nosotros unos ojos que nos digan que aunque todo sea una mierda, compartiremos esa mierda.

Y sí, a veces como en la película Origen, necesitemos un algo que nos recuerde que estamos viviendo la realidad y no un sueño. O una pesadilla. A veces nos es un objeto sino una persona. A veces no es una persona sino un momento. Incluso una fantasía. Un instante que nos ata a lo que no es, y nos separa de lo que no tiene ni tuvo que ser jamás.

Así que voy a tumbarme en la cama sin la menor intención de nada más allá que de mirarte. Llorar. Sentir que me equivoqué otra vez más cuando al aparecer, sentí que querías volver.

Voy a saber que me equivoqué cuando sólo querías tu dosis quincenal de mí, sufriendo en la distancia, por no tenerte. Ni que me quisieras.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXIII

Plantéate, alguna vez en la vida, si te fueras a la guerra, quién sería tu espada. Quién sería tu escudo. Con quién te marcharías a una llanura a luchar, con esa compañía, contra el mayor de los ejércitos. El de tus miedos, o quizá el de tu soledad.

La vida me ha puesto en muchas situaciones complicadas. Como a cualquiera, supongo. Y en las últimas, las difíciles de verdad, siempre ha habido un denominador en común. Alguien a quien yo ya puedo llamar mi espada. Una chica a la que, por difícil que sea la batalla que tengo que librar, afila su hoja para blandirse en duelo contra toda posible pena.

Estoy seguro que si no es consciente del bien que me ha hecho su compañía y consejo, debe andar cerca. Porque es mucho.

Pero en casa de este herrero, cuchillo del malo. Mi espada anda perdida por un amor que no le corresponde. Lleva cerca de dos años en una guerra constante por un amor de película inconsciente que no es de las que acaban bien. Más bien de las de clínex y llorera. Entiendo que las personas que parecen más fuertes son las que luego sufren más en silencio. Pero joder, lo que está viviendo ya es pasarse.

No entiende que habiéndose rebajado, cambiado, limitado y desordenado su yo más profundo le sigan tratando de «hoy te quiero, mañana ya no». O mañana quizá. Ella no lo entiende y aunque yo sí, es injusto.

No es cuestión de sexos. Yo he vivido lo mismo siendo hombre. A veces confundimos el hecho de acercar posturas con perder la dignidad. Llevarlo más allá hasta tal punto de no ser nosotros mismos. De perdernos el respeto. Y eso no.

No. Son precisamente las personas que están más dispuestas a ir más allá por amor, las que menos merecen hacerlo. Quizá por eso ya no lucho con mi espada en mano. Por eso la tengo guardada hace unas semanas. Hay que afilarla. No está bien. Me la van a romper, y por ahí no paso. Por alguien que me llevaría a morir en duelo, no arriesgo. A la amistad también he aprendido a serle fiel.

Le doy mi cariño y le ofrezco que venga a casa. Cruzar media ciudad, cenar, llorar juntos. Como en los viejos, pero no tan buenos tiempos. Una noche vintage. Me dice que no, que mañana madruga. Que se va a intentar dormir, que le espera un día duro. La oigo llorar un poco más y me despido después de bromear un poco para quitar hierro al asunto. O acero.

Cuelgo el teléfono. Sé que volverá a las andadas y volverá a sufrir. Pero yo también necesito descanso. Para mí tampoco son días fáciles pero yo llevo mi guerra mejor. Mañana será otro día, y tendré que estar ahí. Para cuidar a mi espada.

Cuidarla como se cuidan a los amigos. Porque es mi amiga. Y aunque ella es mi espada, yo soy la suya. Y por ella mato.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXIV

Lo llaman «el bloqueo del escritor». A mí me sonaba a chino, pero empiezo a entenderlo.

Mis compañeros de oficina me recomendaron hace unas semanas ver «Californication». Una serie protagonizada por el tío de Expediente X. Un escritor frustrado que lleva 5 años sin escribir, adicto a las drogas e ilícitamente mujeriego. No comparto todas estas «virtudes», pero según los chicos, somos un calco. Tenía que darle una oportunidad.

Y se la doy, aunque como se suele decir, la realidad supera a la ficción. Yo sé que mi bloqueo tenía nombre. Dos apellidos, diecinueve años. Cara de niña, malos vicios y empadronada en un barrio de cuevas y pendientes que se entrelazan. Como nuestras piernas las noches que hacía frío cuando dejó de funcionar la estufa.

Llevo unos días preocupado porque el libro no termina de avanzar. Estoy cerca de acabar. Muy contento, porque quedan poco más de diez capítulos, pero joder, quiero cien. O quería cien. Y también la quería a ella... y al final no. Así que el bloqueo es absoluto. Hasta el punto de plantearme si volver a coquetear con ella y aceptar su idea del amor como un juego en el que ella se inventaba las normas, o si quizá era mejor dejarlo todo tal cual. El libro, y mi vida, claro.

Pero se acabó. Me he dado cuenta de que, como bien dicen, algunos capítulos hay que cerrarlos. Y un buen regalo para el que lleva soportándome tantas páginas (o para mi hermana) sería que pudieran leer mensajes algo menos depresivo. Que llevara menos a la lágrima y el suicidio. Dejar de coquetear con la tristeza de lo que podría llegar a ser y dar la bienvenida abriendo las puertas de par en par, a los sentimientos bonitos que nos ofrece la vida. Que sí, joder, que vivir es bonito.

Así que esas tenemos. El bloqueo puede quedarse ahí, para siempre, pero con otro yo. Otro distinto que escribía cosas tristes pero bonitas, y que ya no. Ya no tristes.

Y para bonitas, todas mis intenciones.

Si no con ella, con quien las quiera.

Que seguro que la hay.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXV

Paseo por la calle, acabo de salir por la puerta. Voy directo hacia el metro. Es domingo y como casi cada semana desde que me emancipé, voy a comer a casa de mis padres.

Te resumo la historia porque esta vez es muy sencillo. Dos de la tarde, vagón del final del tren. Me siento y me dispongo a seguir leyendo a Defreds. Alzo la mirada del libro un momento y la veo. Una maravilla. Un jodido ángel. En el metro, hablando por teléfono. Todavía llevo los auriculares y en el tiempo que tengo para ser discreto en apagar la música y quitármelos para cotillear, ella ya ha colgado.

Sigue con el teléfono en la mano, y yo juego al escondite con la mirada, evitando que se de cuenta de que alucino con ella. Y entonces pasa.

Está escribiendo algo en el teléfono y suena, en su Whatsapp, la notificación de mensaje recibido. Y sonrío. Y te das cuenta, además del hecho de que Dios existe y lo demuestra entre esas dos mejillas, que este flechazo en el metro no lleva a ningún sitio. Está enamorada como lo están las personas que quieren con todo, incluso con más de lo que tienen.

Nada que hacer. Y lo digo por experiencia. ESA sonrisa es la frontera que nadie jamás podrá cruzar entre una persona enamorada, y el mundo. No voy a intentarlo. Es inútil. Como mezclar agua y aceite, Como hacer que dos y dos sean cinco. Como volver a tener diez años y como las cosas que son realmente imposibles.

Nunca jamás intentes ligar con una chica que sonrío silenciosa, y feliz, frente al móvil. A no ser que esté haciendo el tonto, y enviándose mensajes contigo.

Entonces guarda el puto teléfono y bésala. Aunque no haya cobertura.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXVI

Que me vengas a ver a la oficina un día que he entrado antes siquiera que salga el sol (en pleno mayo). Que me traigas la comida. Aunque no sea *nouvelle cuisine*, te lo has currado. Sabes que intento mantener la dieta. Para volver a la rutina de gimnasio aunque todavía no hayamos empezado. Pasta y carne. Un poco de melón de postre. Lo has preparado todo tú con toda la dedicación del mundo. No me queda otra que dejar que mis compañeros coman solos, y tú y yo iremos a improvisar un picnic en la avenida de al lado. Antes hacemos el amor sobre mi mesa por uno de esos cinco o seis calentones que tenemos al día, y bajamos.

Y qué bochorno. El sol da de lleno, y no has reparado en la crema de protección. Nadie es perfecto, supongo. Aunque cuando abro los tupper, parece que sí. Cocinas mucho mejor de lo que me vendes. Y comer contigo es genial. Tonterías empalagosas como hacer el avión y llevarte la comida a la boca. Recuerdos que después son jodidos de borrar.

Es nuestro lugar cualquiera. Nuestro lugar donde ser felices bajo el sol, haciendo un picnic improvisado entre el ruido de los coches y el de tu respiración.

Huele a ciudad. Suena a ciudad. Pero estoy contigo y parece el cielo.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXVII

Era curioso ir a un museo con ella.

Éramos jóvenes (ella más), y no nos pegaba demasiado algo así en los tiempos que corren. Pero nos presentamos en el MACBA. Una exposición de arte contemporáneo. Incluso en una sala, una muestra de arte erótico. No le dimos mayor valor que el del arte en sí, y fuimos pasando sala por sala, ojipláticos ante cosas geniales que no entendíamos pero que nos estaban gustando. Y encima, juntos.

Y recuerdo perfectamente (y no podré describirlo con exactitud), un momento en que se avanzaba para mirar algo. Una serie de réplicas de cuadros que terminaba en una obra cuyo nombre me perdonaréis pero no recuerdo. Y esa imagen me dejó embobado. Saqué como por acto reflejo el teléfono para lograr una foto que más tarde convertiría en fondo de Facebook. Su melena color casi caoba natural, brillante. Sus largas piernas que terminaban en mis botas favoritas. La forma en que las cruzaba estando quieta y de pie. Su estilo tan discreto y a casual a la vez. Toda su atención.

Saqué una foto que he considerado siempre una obra de arte.

Arte fuera de un cuadro (2015).

Yo no creo que tenga oportunidad nunca más de repetir aquella sensación con ella, pero si alguna vez os pasa, lo entenderéis.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXVIII

altas o bajas,

rubias o morenas.

O casi pelirrojas, como tú.

Séis horas de música.

O cinco, que era un jueves.

Una mirada.

Un «hola, cómo estás, guapa».

Y entre tantos números,

dos personas,

dos años largos,

dos besos,

y dos rupturas.

Y pese a que me gustabas infinito

y un «bien» es poco más de un aprobado,

sigo diciendo que tenías que haber sido «la buena».

A sabiendas que tú eras el diez.

Cuentos para (no tan) niños – LXXXIX

Llevo despertando varias noches de madrugada. Sin despertador, quiero decir. Alego dolor de espalda, aunque la primera pregunta que me viene a la cabeza antes de abrir los ojos es si estarás a mi lado. Con cara de que no ha pasado nada más que unas cuantas horas de descanso en las que no nos preocupamos de absolutamente nada. Los gestos de tu cara no engañan, no lo hicieron nunca.

Pero no eres tú. Igual que cada día que vuelvo de la oficina cuando cae la noche, igual que cada vez que vuelvo de fiesta. Fantaseo con la posibilidad de que aparezcas a unos metros o incluso en la puerta de mi casa. Sola o con una amiga, como siempre, pero para lo de nunca. Y abro los ojos, tampoco eres tú. Cuando hay suspiros de niña buena durmiendo no son los tuyos. Alguna noche son de alguna amiga, inocente. Otras es alguna desconocida que me he ligado por mis amigos haciéndose pesados. Nunca, amor, es contigo.

Así que no sé si me duele más la espalda o el corazón. O la cabeza. Y no hay ibuprofenos que solucionen esto. Ni que lo alivien. Imposible.

Suenan coches en la calle. Alguien ya está empezando su día, antes que yo. O quizá lo está apurando. Son las 5.30 y a esta hora suelo llegar los fines de semana. O echar el tercero, o el cuarto, contigo. Nunca sin ti. Me tengo que levantar y hacerme un café larguísimo. Con una cafetera que siempre te prometí comprar y nunca viste. Igual que el perrito. Pero eso está por llegar.

Me pongo feo en la medida de lo posible, desayuno rápido y mal. Cuando salgo de la ducha y me lavo los dientes. Me miro al espejo.

Ahora tendrías que aparecer detrás de mí con mi camiseta de baloncesto preferida y abrazarme con legañas en los ojos susurrándome «buenos días». Para acabar dándome un beso muy tierno en el cuello.

Pero tampoco estás.

Buenos días.

Cuentos para (no tan) niños – XC

Me preguntó cómo era, tenía curiosidad. Esos tanteos de los primeros días en que crees que te gusta. Incluso cuanto te gusta pero no sabes cuánto. Esas dudas cojonudas mientras tiembles de lo guay que es lo que tienes delante y sabes la suerte que tienes por tenerlo ahí.

Esos momentos en que no sabes si jugar a ser descubridor de nuevos continentes o prefieres parecer interesado en lo que tienes delante, y le preguntas los mares que dirigen su ruta.

Y aunque yo soy más curioso y autónomo y me ha gustado toda la vida explorar caminos de tierra o carne, tú, como buen proyecto de periodista, te lanzaste a preguntar a campo abierto. Y recuerdo cómo me mirabas, con una mezcla entre respeto e ilusión fruto de no saber muy bien qué es lo que estaba pasando.

Aún así estábamos cómodos. Me pidió que me definiera en un par de palabras. Tuve que ser explícito, expeditivo.

«Algunas veces puedo ser muy borde, y otras sin embargo, muy delicado».

Conceptos que en su voluntad eran antónimos. Como tus palabras y tus hechos, o como tus miradas y tus besos. Polos opuestos en un mismo planeta o dos caras de una moneda. No tienen nada que ver, más que probablemente el recipiente que los mantiene.

Y no pasa nada cuando meses más tarde ya tiro de hemeroteca a recordar los titulares que dejaron tus preguntas y tus manos. Me recuerdo que a veces mienten más los entrevistadores que los entrevistados, que las matemáticas no engañan y que el amor, cuando es de verdad, no deja de ser.

Meses más tarde aquí estamos. Dando los últimos coletazos a una montaña de papel que como siempre defendí somos tú, yo, y todo lo que nunca llegamos a ser juntos.

Que eras mi respuesta, estaba claro. Pero tenía que descubrir a qué pregunta.

No me guardes rencor por ser feliz cuando siempre te ofrecí serlo conmigo.

Cuentos para (no tan) niños – XCI

Mi Spotify. Algo casi tan premium como verte ir desnuda. Aunque considerablemente más barato y menos espectacular.

Todavía recuerdo la vez que le cambiaste el nombre a una playlist que reciclé de música bonita. Algunos covers y directos en español. Melodías pegadizas a la hora de besarte o de acariciarnos mejilla con mejilla como animales.

La acabé borrando y cayendo en esa antigua teoría hipotecaria acerca de no tatuarse el nombre ni símbolos que tengan que ver con tu pareja. Por si al final las cosas, como suele ocurrir, se tuercen. Pero la borré para abrir otra. Y claro, ésta no tendría ataduras. Le pondría mi pseudónimo y me quedaría tan ancho.

Ahora es pública y hasta tiene suscriptores. Pero bien es cierto que hemos tenido alguna tarde tensa en lo físico disfrutando versión tras versión de canciones increíbles. De tus preferidas y las mías. Canciones ideales para emprender algún viaje de horas a través de tu piel. Travesías del sudor. Quinientas millas de mimos.

Cuentos para (no tan) niños – XCII

Hoy tocaba madrugón. Un par de paradas de metro y una cola que da la vuelta a la esquina. Casi dos veces.

Me he sentado en el suelo a esperar. No soy el único. Venía avisado ya dos horas antes de que abrieran. Ahora una y media. Y hace veinticinco minutos o poco más que se ha sentado una chica a mi lado. Parece un poco más pequeña de edad. Es bastante mona, viste discreto. Pantalones arremangados por el final como es moda. Unas zapatillas Nike negras que identifico con talla de niños. Calculo que es un 35. Medirá cerca de 1.60, y así a oscuras vaticino que su melena es castaño oscuro rozando el negro. Un bolso enorme y el mismo modelo de iPhone que yo. Baila entre su Facebook y su Instagram cuando veo su pantalla.

Se apagan las luces. Son las 7.26 de la mañana. Llevamos suficiente rato como para haber entablado conversación, pero yo siempre he sido muy tímido para estas cosas si no hay una excusa que me haga sacar tema. Se ha girado un poco y ya con los primeros rayos de luz diurna, identifico sus rasgos. No tengo claro si es de aquí, pero es bonita. Rasgos algo bastos pero parece simpática. Como las personas que te invitan a saludarlas aunque no las conozcas de nada.

«Hola».

Me imagino saludándola, conociéndola. Hablando de mil tonterías. Pero no llega, en ningún momento, a aparecer en mi mente bailando conmigo en el salón de casa sin música ni ropa.

Tengo que descartarla. Con, como poco, una hora y media de cola por delante.

Cuentos para (no tan) niños – XCIII

Me estoy acordando de una persona y de muchas más. Pero no puedo dejar de mencionar al que fue uno de mis mejor falso amigo.

Al traidor.

Al que mintió.

Me parece necesarios acordarnos de esa persona que todos tenemos en nuestras vidas sabiendo que no pinta nada. Tóxica. Imprescriptible.

Alguien capaz de pedir para los infieles que ardan en el caldero del infierno. Suficientemente hipócrita para ponerle los cuernos a su pareja más noches que las que va a dormir.

Alguien capaz de vender la intimidad y si hace falta su alma en pos de sentirse bien.

Alguien a quien cruzarse una noche cada dos semanas y que no valga la pena saludar. Ni preocuparse por cómo le va.

Supongo que aunque soy muy vengativo y le debo alguna muy gorda, he aprendido a vivir con su existencia. Y él, si tiene remordimientos, habrá aprendido a vivir, o no, con la mía.

Supongo que como de todo en la vida, aprendí algo que me cambió. Y quizá él se sienta mal y también.

Supongo. Aunque él ya no me importe.

Cuentos para (no tan) niños – XCIV

Todavía no hace dos meses que escribí el primer capítulo. Uno de agosto. Hará unos cuatro del boom en Instagram. Tras Sant Jordi cambié mi hashtag por el pseudónimo que conocéis.

Parece que fue ayer y cuando rondas los *veintidiez* quizá lo es, pero son muchas sensaciones y cosas nuevas en poco tiempo.

En los últimos años no me ha costado mucho ligar. Pero ahora parece que las chicas me hacen más caso. Aunque no sean la que quiero. Aunque no nos conozcamos.

La veo en fotos abusando de un vestido rojo, del mismo color que mis auriculares. Probablemente es una señal. Escuchar antes de hablar. No intentar resolver los nudos de sus palabras con mis ojos. Sentirlos. Sentirla. Lograr que sonría cuando se de cuenta que, aunque mis intenciones son de todo menos sanas, lo que pasará cuando me entregue las llaves de su boca será vida.

Así la descubrí. Así decidí que tenía que escribir algo sólo para ella. Sobre el dichoso vestido rojo de sus fotos. Unos ojos enormes, y una mirada que transmitía. Mucho y bueno. Aunque al parpadear en vídeos fuera más sucio. Ni siquiera sé su nombre más allá de su usuario en Instagram, pero no me hace falta. No me voy a dormir pensando en ella pero poco me falta. Algunos cuerpos están para perder el sueño. Voy a hablar con ella y la voy a conocer. Aunque sólo sea un par de horas.

Aunque sólo sean centímetros.

Cuentos para (no tan) niños – XCV

Electricidad.

La misma a la que canta Leiva.

La del chispazo cuando nos miramos.

La tensión por no discutir.

El momento en que agarro tu cinturón.

La carga de tus pantalones.

El subidón al entrar.

La energía con la que cabalgas.

La potencia con que descargo.

Los calambres al terminar.

Sí, toda esa puta electricidad,

no era una mentira más,

de lo que fuimos.

No no no...

Cuentos para (no tan) niños – XCVI

Tu puta coraza. Tan joven y tan jodida. O eso me vendías. Venías enganchando pareja tras pareja desde muy joven. Y claro, por mucho que me joda lo más normal es que si ninguna persona es la buena, al final sales con heridas y huesos rotos hasta en las pestaña. Qué bonitas las tuyas, por cierto.

Sí que es cierto que llegaste a mí dando tumbos. Con pocos años pero aparentemente bien llevados. Avisándome de que no eras fácil y descubriendo que yo llevaba tiritas hasta en el DNI. Tal para cual. Y nos aventuramos en una historia.

Tú, yo, tu coraza. Probablemente una historia de tres abocada al fracaso. Pero bueno, yo siempre digo que aquí hemos venido a jugar. Y mejor pareja para el partido que tú, ninguna.

Así lo declarabas a lagrimones una noche. Reconocías que nadie te había cuidado ni tratado como yo nunca. Normal teniendo en cuenta a los lagartos que te enviaban whatsapps de higos a brevas para no salir de tu vida, cuando realmente nunca debían haber entrado.

Una historia abocada al fracaso según boca de todos. Yo tenía que probar. Ahora no sé si me enamoré del reto y tu coraza o de ti. De la batalla contra tus miedos con mis manos desnudas o del hecho de poderte traer un zumo acabado de hacer a la cama las mañanas que no amanecía con mucha resaca.

Tu puta coraza. Sólo tenías que quitártela. De haberme querido de verdad, te hubiera costado menos que la ropa. Durante sesenta noches.

Cuentos para (no tan) niños – XCVII

Por mucho que hable de ella, he tenido dos amores en mi vida que me han marcado. Dos de los que no te puedes quitar de la cabeza.

La primera persona me marcó (y marca) una relación tortuosa, complicada. Laberíntica. Digna de estudio. Discusiones y malas palabras, abrazos y llamadas cuando nos echamos en falta.

La otra chica la conozco desde muy, muy pequeña. Con una salud algo frágil para su edad, pero alegre, enérgica y con una actitud magnífica frente a la vida pese a los palos que nos ha dado a todos. Y especialmente a ella.

Y os tengo que contar que, curiosamente, ambas se conocen. Que su relación va más allá de lo cordial y entre otras cosas coinciden en que siempre he sido una persona tan cordial como insoportable. Como para decirles que no.

No las he querido de la misma forma que quise a V. Eso es imposible. Pero en mis peores momentos, llorando como un crío, han estado ahí. Siempre. Sin excepción. Hemos charlado de tonterías, hemos rozado el límite del sinsentido. Pero nunca ha sido en vano.

Con días mejores y peores, hay personas que nacieron destinadas a estar en tu vida. Otras quizá no, pero son tu familia.

Por eso soy quien soy. Porque mi madre y mi hermana me soportan. Y claro que las quiero como a nada, joder. Son las mejores.

Cuentos para (no tan) niños – XCVIII

Qué frío hace. No digo en la calle, digo en la vida. Desde que te marchaste. Veinte grados menos como mínimo al termómetro. Ciento ochenta a mi sentido. Vuelta atrás.

Helado. Aquí no hay calentamiento global que valga. Sólo mañanas en que salgo tiritando de la ducha con el albornoz y arrastrando los pies. Sólo noches de manta frente a la tele. Sin compartir palomitas. Sólo tres o cuatro capas de ropa. Convertirme en una cebolla vistiendo no puede acabar en otra cosa muy alejada de hacerme llorar, desde que me cortaste.

Qué puto frío. En serio. Del que te pone a bostezar temblando con el Sol de fondo. Ojalá un abrazo tuyo. De enfrente o a traición, por la espalda. Ojalá sin avisar, mejor. Demostrando que con tu aliento en mi nuca, con o sin ropa, se está mucho más calentito.

Y feliz.

Cuentos para (no tan) niños – IC

Se acabó. Me voy a Madrid. Una mano delante y otra detrás. Muy poco planificado. a picar puertas como un loco para lograr mi sueños. Publicar un libro.

Entiendo que si estás leyendo estas líneas es porque he logrado esta maldita locura que empezó realmente hace nada. Sonríe conmigo, es una guerra genial contra la lógica que hemos ganado. Cien historias. Con trampa, porque la última ya estaba lista a mitad de camino. Pero ya está hecho. Mis cuentos para (no tan) niños. O no, porque igual te llevas una sorpresa.

Madrid. La capital. Mi New York particular donde cumplir un sueño. Las amélicas de verdad tendrán que esperar al febrero. Tienen fecha. Mi corazón no pero... mira, es un mal menor. Todos lo son, menos la muerte. E incluso en vida, tiene cura.

Ser feliz con lo que tienes. No se puede disfrutar de lo que no tienes y no quiere estar contigo. Sea una cosa o una persona.

Soy feliz escribiendo esto. Por esto. Y porque ahora entiendo todo.

Cuentos para (no tan) niños – C

Quiero vivir otra vez.

Quiero sentir, sentirnos.

Quiero volver a la revolución de las teclas de piano que suenan a primavera cada vez que nos besamos en las escaleras de Zara.

Quiero volver a la fantasía de ver cambiarse tu cuerpo de niña en cada vestido, probándote mil prendas que nunca te quedarán tan a medida como mis manos.

Quiero volver a llevarte a caballito cuando no des para más con los tacones, prefiero que me destroces la espalda antes que el corazón.

Quiero volver a oírte refunfuñar por la mañanas cuando tengamos que mover el coche de carga y descarga, y tener que vestirme con mi ropa de prisa, corriendo.

Quiero volver a coger esas sudaderas que te ponías esas mismas mañanas, y drogarme con tu olor. Éxtasis para los sentidos.

Quiero volver a construir castillos de planes imposibles, en el aire, sosteniéndose en la nada.

Y quiero que esa nada seamos tú y yo.

Quiero sacarnos fotos en las que sales tirando de mi mano tanto en tus veranos como en mis inviernos, que vuelvan a florecer hasta las piedras con tu primavera, y no exista otoño en nuestro jardín.

Quiero cerrar este libro y abrir, de nuevo, otra historia, sin páginas marcadas más que las de tu cuello.

Quiero cumplir con todo cuanto te prometí y entre otras cosas, escribir un libro de cuentos. Aunque sean cuentos para (no tan) niños.

Y quiero que mi regalo sea entre tú y yo, para todos. Que todos entiendan.

Yo quería que fuera «*Mi diario de cómo recuperé a Helena*» ... Pero ya no. Son mis cuentos para (no tan) niños.

Ahora también son tuyos.